Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Alan Parker

El sótano

EDICIONES FORUM

Alan Parker

El sótano

EDICIONES FORUM

1.ª edición: octubre, 1984

Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

©Texto: Alan Parker
© Cubierta: Prieto - Ag. Norma

ISBN: 84-033-3
Depósito Legal: B-35035-1984
Fotocomposición: Catalana de Fotocomposición, S. A.
Consejo de Ciento, 500. 08010 Barcelona
Impresión: T.G. Soler, S. A.
Enric Morera, 15. Esplugas (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España, octubre 1984

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

1

1962

«Mágicus», cuyo verdadero nombre era Jack Morgan, había sido un ventrílocuo excepcional y muy hábil con los juegos de magia. Pero el tiempo no perdona y, poco a poco, se había ido quedando sin trabajo.

Ello le había sumergido en una terrible depresión que había ido acrecentándose hasta el extremo de que incluso había comenzado a odiar a los niños, porque algunos se burlaban de él debido a su aspecto ciertamente descuidado y sucio, o quizás a su modo de andar (últimamente cojeaba un poco debido a una incipiente artritis).

Estaba claro que los niños de hoy ya no eran como los de antes, cuando él triunfaba por todo lo alto. Ahora eran mal educados, insolentes e incluso crueles. Porque es cruel burlarse de un pobre viejo que cojea ligeramente o lleva una indumentaria anticuada y sucia.

De todos modos, «Mágicus» hacía verdaderos esfuerzos para que ese distanciamiento que comenzaba a haber entre él y los niños, no se convirtiese en algo irremediable.

Al fin y al cabo, los niños habían sido el gran público de toda su vida.

Menos mal que le quedaban sus muñecos.

Tommy, el policía gruñón e insolente. Didí y Dodó, una simpática pareja de payasos. Ellos eran su vida, lo que más amaba en este mundo que empezaba a volverle la espalda.

Para «Mágicus» sus muñecos eran algo más que madera y cartón. Eran toda su familia, lo único que le quedaba. Hablaba con ellos,

reía con ellos y seguía sobreviviendo gracias a ellos.

Pero un día ocurrió algo terrible…

«Mágicus» se movía entre las sombras de su casa como un fantasma en espera de alguna llamada para trabajar, pero ésta no llegaba. Se sentía un fracasado, un inútil.

De repente, sonó el teléfono.

«Mágicus» se apresuró a descolgarlo.

Era su representante, John Clay.

—Morgan, tengo un trabajito para ti.

«Mágicus» exclamó:

—¡Magnífico, John! Ya empezábamos a aburrirnos. Me refiero a mis muñecos y yo, claro. ¿Dónde hay que ir?

—Al 267 de Bay Canyon. Un matrimonio llamado Coster ha organizado una fiesta de cumpleaños de uno de sus hijos y han invitado a los amiguitos de éste. Tienes que estar allí a las cuatro en punto.

—Gracias por acordarte de mí, John.

—No hay de qué. Ya sabes que para mí sigues siendo uno de los mejores. Lástima que no pueda ofrecerte algo más digno.

—No importa, John. Está bien así. Adiós.

Morgan colgó y se frotó las manos de contento. Era reconfortante que alguien con tanta experiencia como John Clay le dijera que seguía siendo uno de los mejores.

Miró en dirección al mar. Estaba tan cerca de su casa, situada en plena playa, que casi podía tocarlo con las manos.

—Por fin tenemos trabajo ¿eh?, «Mágicus».

Éste se volvió.

El que había hablado era Tommy. Él, Didí y Dodó estaban cómodamente sentados en la repisa de la chimenea.

—Sí, Tommy. Por fin tenemos trabajo. Buena falta hacía. Por cierto, voy a tener que darte un poco de pintura en esa cara de gruñón. ¿Qué? ¿Qué lo que tengo que hacer es cambiarte la cara? Es posible que tengas razón. Quizá lo haga. Pero no te aseguro que vaya a quedar como la que has tenido siempre. Mis manos ya no son las mismas. Fíjate como tiemblan, Tommy. De todos modos, te prometo que lo pensaré. Sin embargo, fíjate en Didí y Dodó. No tienen ni una sola arruga. Claro que también gruñen menos que tú… y a Didí no se le notan porque tiene la cara embadurnada

como la de un payaso. Y eso, quieras o no, disimula bastante… ¿Decías algo, Dodó? ¡Ja, ja, ja! ¿Qué Didí no tiene cara de payaso sino de tonto? ¿Qué tienes que decir a eso, Didí? ¿Qué Dodó es un envidioso? Bueno, bueno, no os peleéis. La cosa no tiene la menor importancia. ¡Silencio! Tommy quiere decir algo. ¿Qué? ¿Qué ensayemos? No es mala idea. Tommy quiere que las cosas salgan bien esta tarde. ¿Habéis oído Didí y Dodó? Vuestro compañero sugiere que hagamos un ensayo. ¿Por qué dices que Tommy no es compañero vuestro, Dodó? Eso no está bien. Lleváis juntos muchos años… ¿Qué es muy gruñón? ¡Claro! Para eso es policía. ¿Verdad, Tommy? ¿Lo veis? Ya le habéis hecho enfadar… ¡Calma, no discutáis más! Daos las manos. Eso es, así. Como buenos amigos. Y ahora, a ensayar.

2

El 267 de Bay Canyon estaba en lo alto de una infernal cuesta a la que al viejo «Ford» de «Mágicus» le costó Dios y ayuda llegar.

Aparcó el coche bajo la sombra de un árbol, abrió el portaequipajes y sacó las dos descoloridas maletas donde llevaba sus muñecos y algunos artilugios para la magia.

Cruzó lentamente la calle y llamó al timbre de la casa. En el jardín se escuchaba el griterío de los niños. «Mágicus» se sintió feliz. Aquélla era la mejor música del mundo.

Le abrió la doncella.

—¿Es usted el señor «Magníficus»? —La voz de la mujer sonaba a Texas. Gangosa, profunda, áspera.

—«Mágicus» —rectificó amablemente Morgan.

La mujer le invitó:

—Entre.

El jardín era espléndido. Había una piscina y muchos árboles.

Y niños.

Niños por todas partes.

Niños que acallaron sus gritos y sus juegos en cuanto vieron llegar al hombre con las dos viejas maletas.

El señor y la señora Coster, se apresuraron a acercarse a Morgan.

—Soy «Mágicus» —se presentó dejando una maleta en el suelo —. Me envía el señor Clay.

Se estrecharon las manos y el señor Coster le dijo con amabilidad:

—Puede usted empezar cuando quiera.

—Antes me gustaría tomar un refresco, señor Coster. Estoy muerto de sed.

—¡Claro! Venga con nosotros.

Y mientras «Mágicus» se encontraba junto a la mesa donde estaban los refrescos y los bocadillos, le presentaron al

homenajeado. Era un muchacho muy despierto. Rubio y ligeramente pecoso.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó «Mágicus».

—Dick.

—¿Cuántos años cumples?

—Diez.

—¡Quién los pillara! —sonrió «Mágicus»—. Felicidades, hijo.

«Mágicus» observó entonces que varios de los amigos de Dick se encontraban alrededor de sus maletas. Uno de ellos estaba intentando abrirlas.

—No lo hagas —le advirtió «Mágicus» amablemente—. Ahí dentro hay varios personajillos que podrían enfadarse.

—¡Bah! —exclamó despectivamente aquel muchacho—. ¿Nos toma por tontos? ¡Ahí dentro sólo hay muñecos y los muñecos no son personas!

«Mágicus» observó al muchacho. Tendría unos diez u once años. Y parecía excesivamente despierto para su edad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Freddy.

«Mágicus» le sonrió. Quería hacerse su amigo. Luego, abrió una de las maletas y sacó al gruñón de Tommy.

—¿Has oído lo que acaba de decir Freddy?

El muñeco asintió con la cabeza sin apartar sus ojillos del muchacho.

—¡Aunque no te lo creas, soy una persona como tú! —exclamó de pronto el policía gruñón.

Todos los muchachos se rieron, todos menos Freddy.

—No me crees ¿eh? —le preguntó a Tommy—. Bien, entonces dime qué tengo que hacer para convencerte.

—¡Por mucho que hagas no vas a convencerme! No eres más que un muñeco. Y ese hombre habla por ti.

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente!

—¿Y si alguien de vosotros le tapara la boca a «Mágicus» y yo siguiera hablando como si tal cosa? ¿Qué pensarías entonces?

—¡Eso no es posible!

—No está bien que un «poli» haga apuestas, pero te juego un dólar a que sí lo es.

—No tengo un dólar.

—Me lo dejarás a deber. ¿Vale?

Freddy asintió:

—¡De acuerdo!

—¡Que alguien le tape la boca a «Mágicus»!

Fue Dick Coster, el homenajeado, quien lo hizo, y ante el asombro de todos, Tommy siguió hablando y gastando bromas a los muchachos como si tal cosa. Todos se sintieron satisfechos por la demostración menos el incrédulo, quizá por aquello de que había perdido un dólar, pero sobre todo porque había quedado un poco en ridículo delante de sus amigos.

El chico se retiró del grupo.

Estaba furioso.

Sin embargo, aún se volvió para gritar despectivamente:

—¡Seguro que hay truco!

«Mágicus» llevó a cabo una actuación muy completa, sin lugar a dudas una de las mejores de los últimos meses. Pero ello, le había supuesto un gran esfuerzo. Sobre todo al tener que hablar durante un buen rato con la boca tapada.

No obstante, había valido la pena.

Era necesario demostrarles a aquellos muchachos que sus muñecos eran auténticas «personas» y no un simple pedazo de cartón y madera. Porque tanto Tommy como Didí y Dodó, tenían alma. Y un corazoncito así de grande.

Recibió una buena propina del señor Coster y abandonó el jardín. Dick le acompañó hasta la puerta.

—Me he divertido mucho, señor «Mágicus» —le dijo con amabilidad—. ¡Lástima que ese idiota de Freddy se haya comportado del modo que lo ha hecho!

—No tiene importancia, Dick —respondió «Mágicus» con la misma amabilidad—. Espero haberle convencido de que estaba en un error.

Dick iba a replicar que ninguno de sus amigos, ni él mismo, habían quedado convencidos de nada. Que todos sabían perfectamente que se trataba de unos muñecos y nada más. Pero se calló para no herir la susceptibilidad de aquel hombre.

«Mágicus» se despidió del muchacho y cruzó la calle en dirección a su coche.

A lo lejos se escuchaba la celestial música del griterío de los chicos en el jardín de los Coster.

Pero no todos estaban allí.

Freddy, no.

Él había abandonado poco antes la casa y ahora espiaba a «Mágicus» escondido detrás de un árbol mientras en su retorcida mente se fraguaba un no menos retorcido plan.

3

Una semana después, a la salida de la escuela, Freddy reunió a sus mejores amigos, Mike, Alan y George.

—Tengo que hablar con vosotros —les dijo.

Se fueron caminando en dirección a la playa. Una vez allí, se sentaron en la arena.

—Bueno, ¿de qué va el «rollo»? —preguntó Alan.

—¿Os acordáis de «Mágicus»?

—¿El de los muñecos? —preguntó George.

Freddy asintió:

—El mismo.

—Claro que nos acordamos —dijo Alan—. Era muy bueno.

—¿Qué os parecería si le gastásemos una broma? —preguntó Freddy mirando atentamente a sus tres amigos.

—¿Qué clase de broma? —quiso saber George.

—He pensado que podríamos esconderle sus muñecos.

—¿Y eso por qué? —preguntó Alan encogiéndose de hombros.

—Sólo para divertirnos un poco, hombre —replicó rápidamente Freddy—. Me gustaría ver la cara que pone. Como hicimos aquella vez con la moto del profesor de Historia. ¿Recordáis cómo nos reímos mientras la buscaba?

—No es mala idea —dijo George sonriendo con malicia—. Podría ser divertido.

—¿Y vosotros qué decís? —preguntó Freddy dirigiéndose a Alan y a Mike.

—Hay un problema —respondió el primero.

—¿Cuál?

—¿Cómo vamos a apoderarnos de los muñecos?

—Entrando en la casa —dijo Freddy con toda naturalidad.

—¿Y de qué modo vamos a hacerlo? —preguntó Alan—. ¿Atravesando las paredes?

—Por la puerta… —respondió sonriendo Freddy—. ¡Sí, no me miréis con esa cara de tontos! Entraremos por la puerta y además sin ningún problema.

—¿Quieres explicarte de una vez? —le preguntó George con curiosidad.

—Cuando «Mágicus» se fue de casa de Dick, le seguí en mí «bici». Vive muy cerca de donde nos encontramos ahora, justo detrás de esas dunas. Pues bien, comprobé que vive solo. Completamente solo. La única compañía que tiene es la de esos repelentes muñecos. Pero eso no es todo. Me he molestado en espiarle durante toda la semana. Cada tarde va a pescar a aquellas rocas. ¿Las veis? Y no se molesta en cerrar la puerta de la casa.

—¿Estás seguro?

—¡Claro!

—Entonces parece fácil —admitió Alan.

—Lo más fácil del mundo —asintió George.

—Y cuando tengamos los muñecos ¿qué? —quiso saber Mike.

—Esperaremos a que regrese de pescar y le espiaremos desde una de las ventanas —respondió Freddy—. ¡Veréis qué cara pone cuando descubra que sus muñecos han desaparecido! Cuando ya nos hayamos divertido bastante, le dejamos a Tommy, Didí y Dodó en la puerta y nos marchamos.

—No parece arriesgado —reconoció Alan.

—¿Cuándo lo haremos? —preguntó con cierta excitación George. Aquél era el tipo de aventuras que le encantaban; poco riesgo y mucha diversión en perspectiva.

—Mañana —respondió Freddy—. Nos encontraremos aquí a las tres. ¿De acuerdo?

Lo que los amigos de Freddy ignoraban, era que éste pretendía algo más que gastarle una simple broma a «Mágicus».

4

Freddy se acercó sigilosamente a la entreabierta ventana y miró por ella.

Luego, se volvió rápidamente a sus amigos, los cuales formaban una pequeña piña detrás de él.

—¡Está charlando con sus muñecos como si fueran personas! —les susurró—. ¡Ese tío está completamente loco! Escuchad.

Los muchachos se arrimaron cuánto pudieron a la ventana.

—Tienes razón, Tommy —estaba diciendo «Mágicus»—. Hace una semana que te prometí que le daría un repaso de pintura a esa cara de gruñón y aún no lo he hecho. Lo haré mañana ¿de acuerdo? Ahora me voy un rato a pescar. ¿Qué? ¿Qué si se tratara de Didí o de Dodó ya lo habría hecho? ¡Vamos, Tommy! No empieces otra vez con tus celos. Para mi sois los tres iguales. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Bueno, hasta luego.

Freddy y sus amigos corrieron a ocultarse detrás de la casa. Oyeron las pisadas de «Mágicus» en el vestíbulo, el ruido de la puerta al cerrarse y cuando se decidieron a mirar le vieron alejarse por la playa con los bártulos para pescar, camino de las rocas.

Aguardaron hasta que estuviera lo bastante lejos como para que no pudiera verles y se metieron en la casa.

—¡Qué silencio! —exclamó Alan.

Freddy se acercó a los tres muñecos que, como siempre, se encontraban sobre la repisa de la chimenea.

—Mirándolos de cerca son horribles —dijo el muchacho.

—Tienes razón —asintió Alan—. En la fiesta de Dick me parecieron mucho más simpáticos.

—A lo mejor es que no les gusta nuestra presencia —apuntó temerosamente Mike.

Freddy se volvió rápidamente hacia él.

—¡No son más que unos malditos muñecos, Mike! —explotó—.

¿Quieres que te lo demuestre?

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó George.

Pero Freddy ya había cogido a Tommy y le estaba arrancando la cabeza.

Se oyó un grito.

Un penetrante grito.

Aunque en realidad no fue un grito, sino el potente y chillón graznido de una gaviota que pasó volando a gran velocidad por encima de la cabeza de «Mágicus».

Luego, volvió a oírse únicamente el rumor de las olas.

—Creo que Tommy tiene motivos para estar enfadado —murmuró para sí «Mágicus» mientras caminaba hacia las rocas—. Ya hace días que he debido retocar su cara. El pobre ya empieza a verse viejo… ¡Al diablo con la pesca! Voy a complacer a Tommy. Es lo menos que puedo hacer por él.

«Mágicus» dio media vuelta y se encaminó hacia su casa.

Freddy tenía el cuerpo de Tommy en una mano y la cabeza en la otra.

—¿Lo veis? No es más que un muñeco. ¡Pero aquel día, en la fiesta de Dick, dudasteis de mi palabra!

—Nadie dudó de tu palabra —replicó Alan—. Pero había que seguir las bromas de «Mágicus». ¿Verdad, chicos?

—Lo que yo pienso —dijo George— es que tu intención al venir aquí no ha sido gastarle una broma a ese pobre hombre sino destrozarle los muñecos.

—¿Y por qué no? ¡Puede ser la mar de divertido!

—No me gusta —respondió George—. Yo me voy.

—Y yo —dijo Alan—. No está bien lo que pretendes hacer, Freddy.

—¡Lo que pasa es que estáis muertos de miedo! —les gritó.

—¿Miedo? —preguntó Alan—. ¿Miedo a qué?

—Seguís pensando que esos muñecos son de carne y hueso como nosotros.

—¡Qué tontería! —exclamó despectivamente George—. ¿Nos tomas por idiotas?

Freddy sonrió.

Casi de un modo siniestro.

—Atrévete… —masculló, mirando fijamente a George.

—¿Qué quieres decir?

—Coge a Didí y hazle lo mismo que yo acabo de hacer con este repugnante policía.

—No tengo por qué hacerlo. Me parece una estupidez.

—Tienes miedo.

—¡No!

—Entonces, ¿por qué no haces lo que te digo?

—¡Porque no me da la gana!

—Lo haré yo —dijo Alan acercándose a la chimenea.

—¡No lo hagas, Alan! —exclamó alarmado George—. ¿Es que no os dais cuenta? Lo único que quiere Freddy es que le destrocemos los muñecos a «Mágicus». Le odia porque aquella tarde le dejó en ridículo.

—George tiene razón —dijo Mike—. Yo me largo.

—¡Sois unos cagados! —bramó Freddy fuera de sí—. ¡Unos malditos cagados!

—¡A mí nadie me llama cagado! —exclamó Alan y cogió con gran decisión a Didí. Pero a continuación y durante unos instantes, lo mantuvo entre sus manos como si no se atreviera a seguir adelante.

—¿A qué estás esperando? —le gritó Freddy—. ¡Demuéstrales a ese par de idiotas que eres más valiente que ellos!

—¡No le hagas caso, Alan! —le aconsejó George.

Pero ya era demasiado tarde.

El muchacho había dejado caer a Didí al suelo y le aplastó la cabeza con el pie.

Se escuchó un crujido que casi pareció humano.

5

—Buenas tardes, señor Morgan.

«Mágicus», absorto en sus pensamientos, levantó la cabeza y vio que se trataba del señor Jordan, un vecino, tan aficionado a la pesca como él. Llevaba un par de cañas al hombro y un cesto de mimbre en la mano.

—Oh, buenas tardes, señor Jordan. No le había visto. Usted perdone. Iba distraído.

—No tiene importancia. ¿Cómo le ha ido hoy?

—Bueno, en realidad… a última hora he cambiado de pensamiento. Hoy no iré a pescar.

—Es comprensible —sonrió el señor Jordan— teniendo en cuenta lo que ha dejado en su casa.

«Mágicus» le miró extrañado.

—No le entiendo…

—Supongo que debe tratarse de sus nietos…

—¿Qué nietos? ¿De qué está hablando, señor Jordan? ¡Yo no tengo nietos!

—Bueno, es que como hace un rato he visto entrar a cuatro muchachos en su casa, he pensado que…

«Mágicus» no quiso seguir escuchando. Echó a correr por la playa con las escasas fuerzas que aún le quedaban.

Freddy tenía cogido por los pies a Dodó y le estaba golpeando bruscamente contra la pared.

Pequeños pedazos de cartón y de madera salieron despedidos en todas direcciones.

Sólo cuando Dodó estuvo completamente destrozado, Freddy se deshizo de él arrojándolo junto a los que durante tantos años habían sido sus compañeros. Allí estaba el gruñón de Tommy, el policía, sin cabeza. Didí, con el rostro hundido como si se lo hubiera aplastado un camión y ahora el pobre Dodó, hecho una piltrafa, sin

miembros, irreconocible.

Freddy miró satisfecho a sus amigos.

—Bien, supongo que ahora ya os habréis convencido de que no eran más que unos muñecos. ¿Alguien lo pone aún en duda?

—¡Eres un animal! —explotó George.

Freddy se echó a reír.

—¡Pues aún no he terminado! —exclamó.

—¿Qué te propones ahora? —le preguntó Alan.

—¡Quemarlos!

—Pero ¿es que no tienes bastante con lo que acabas de hacer? —chilló Mike.

—Todavía no.

Cogió una caja de cerrillas que había sobre la repisa de la chimenea, encendió una y la arrojó sobre los restos de los muñecos.

Cuando estaban empezando a arder, entró «Mágicus». Al ver lo que ocurría soltó un grito y tuvo que apoyarse en la pared para no caer al suelo. Se había puesto terriblemente pálido y los ojos le salían de las órbitas.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Freddy a sus amigos al tiempo que echaba a correr hacia la salida.

«Mágicus» despertó por un momento de la pesadilla que estaba viviendo y a tiempo de agarrar por un brazo a Freddy en el preciso momento en que éste se disponía a cruzar la puerta. Clavó sus enloquecidos ojos en el muchacho mientras los demás salía corriendo.

—¡No me dejéis solo! —aulló Freddy luchando por soltarse de aquella poderosa garra que le tenía sujeto el brazo.

—¿Por… qué…? —balbuceó «Mágicus».

Con la otra mano sujetó el frágil cuello del muchacho y cerró los dedos alrededor del mismo con un odio que jamás soñó poseer. Si alguien le hubiera pronosticado alguna vez lo que ocurría en aquello momentos, le habría llamado loco. ¡Matar él a un niño! Tan sólo quince minutos antes le habría parecido una idea demencial y sin embargo, en aquel instante, le parecía lo más natural del mundo.

Siguió apretando con un odio feroz. Y lo sorprendente de todo era que no le importaba en absoluto contemplar al muchacho mientras éste, con la boca totalmente abierta y los ojos desorbitados

luchaba con las escasas fuerzas que aún le quedaban por escapar de una muerte que ya comenzaba a reflejarse siniestramente en su congestionado rostro. Todo lo contrario, «Mágicus» experimentaba una maravillosa sensación desconocida hasta entonces Era como la primera vez que estuvo con una mujer…

Pero de pronto, algo le golpeó brutalmente la cabeza. Soltó a Freddy y antes de derrumbarse aún tuvo tiempo de mirar por el rabillo del ojo. Descubrió a uno de los amigos del muchacho con una barra de hierro entre sus manos.

Luego, se desplomó.

Y sobre su cuerpo inerte comenzaron a caer restos de comida y bilis.

Freddy estaba vomitando sobre él y cuando se sintió mejor, se puso a darle patadas hasta que sus amigos se lo llevaron a rastras de allí.

Los muñecos o, mejor dicho, lo poco que había quedado de ellos, tuvieron un entierro digno.

«Mágicus», con la cabeza vendada, los enterró en el pequeño jardín que había en la parte trasera de la casa. Luego, construyó una cruz con sus respectivos nombres. Aquél fue el trabajo más doloroso que había llevado a cabo en toda su vida.

Una vida dedicada a los niños.

Y ahora, los niños le habían traicionado.

Todos sus esfuerzos y desvelos por hacerles felices, habían sido en vano, inútiles.

Después del entierro, dedicó una oración a los muñecos y se encerró en la casa.

Una casa que estaba más solitaria y triste que nunca.

Comenzó a beber, él que jamás había probado la bebida. Y a hablar solo. Y a reír en la oscuridad.

Histéricamente.

Se pasaba horas y horas pegado al ventanal que daba al jardín, contemplando la tumba de sus muñecos y bebiendo.

¡Pobrecitos Tommy, Dodó y Didí!

Habían tenido la peor y la más desagradecida de las muertes.

Y un día, en plena borrachera, se puso a trabajar febrilmente en la construcción de un sótano debajo del saloncito. Fue una dura y ardua labor. Hubo momentos en que pensó que jamás podría

terminarla. Pero por fin, una desapacible mañana del mes de octubre, remachó el último clavo de la trampilla que comunicaba con el sótano y a continuación colocó una pequeña alfombra de cuerda sobre la misma.

Ahora, ya estaba todo dispuesto para su venganza.

6

Respetando un riguroso orden cronológico, el primero tenía que ser Freddy.

Era una cuestión de principios.

«Mágicus» llevó su coche hasta la escuela y lo aparcó a unos cuantos metros de la entrada.

Consultó su viejo reloj de bolsillo.

Eran las doce y veinte.

Dentro de diez minutos comenzarían a salir los alumnos.

Encendió un cigarrillo (otro hábito que había adquirido desde la «muerte» de sus queridos muñecos) y se dispuso a esperar.

El día era espléndido.

Un día perfecto para ir a pescar. Pero ahora tenía otras cosas mucho más importantes que hacer.

Por fin, se oyó el griterío de los alumnos. Era curioso que lo que tiempo atrás le parecía música celestial, ahora se le antojaba como algo sumamente desagradable e irritante hasta el extremo de ponerle furioso.

Desde su asiento observó atentamente la salida de los «pequeños monstruos». Descubrió a Freddy con un grupo de amigos entre los que se encontraban George, Alan y Mike. Iban conversando animadamente. Freddy llevaba una camisa a cuadros y unos tejanos descoloridos. A sus nueve años parecía todo un hombrecito. Viéndole, cualquiera hubiera podido asegurar que era un encanto de criatura. Y, sin embargo, había en él algo que recordaba a las serpientes más venenosas.

Freddy y sus amigos continuaron la conversación a la puerta de la escuela. Era Freddy quién llevaba la voz cantante, el jefecillo del grupo.

Unos minutos después, se separaban. Freddy y Mike caminaron juntos unos metros sin parar de hablar y, luego, cada uno tomó una

dirección distinta.

«Mágicus» puso el coche en marcha y siguió a Freddy por una calle bordeada de árboles y providencialmente solitaria. El muchacho caminaba sin prisas. De vez en cuando, se entretenía en darle una patada a alguna piedra.

«Mágicus» le estaba observando a través del cristal parabrisas, calculando el momento más propicio para lanzarse sobre él. Debía asegurarse mucho antes de hacerlo pues, aunque se trataba de una calle aparentemente solitaria, podía aparecer alguien en cualquier momento y sorprenderle.

De repente, Freddy se detuvo y levantó la mirada. «Mágicus» frenó el coche y, agachando la cabeza, imitó al muchacho mirando por el cristal parabrisas.

Una hermosa cometa de color rojo serpenteaba en el cielo.

Freddy echó a correr. Con toda seguridad se dirigía al lugar donde se encontraba la persona que estaba haciendo volar aquella cometa.

«Mágicus» le siguió a regañadientes.

Aquél era un contratiempo inesperado porque el chico había doblado la esquina y se alejaba de la solitaria calle para meterse en otra más corta y concurrida.

Tras una loca carrera siguiendo la dirección del hilo que sujetaba la cometa, Freddy había desembocado en la playa. Había allí un muchacho aproximadamente de su edad, sentado en una barca y manejando la cometa.

«Mágicus» les estuvo observando mientras hablaban. De pronto, de una de las casas apareció un hombre. Le gritó algo al otro chico y éste se puse a enrollar el hilo. Freddy se despidió de él y, dando media vuelta, volvió despacio sobre sus pasos.

Ahora se dirigía lentamente en dirección al coche de «Mágicus».

«Perfecto» pensó el hombre dejando escapar una sórdida sonrisa.

Vio que el muchacho de la cometa, llevando esta bajo el brazo, caminaba hacia quien había salido a llamarle y que poco después ambos desaparecían en el interior de la casa.

Sólo «Mágicus» y Freddy quedaron en ese instante en la desierta playa.

El chico le reconoció inmediatamente. Se detuve en seco y quedó como paralizado, mirándole con los ojos muy abiertos.

Súbitamente, presintiendo le peor, echó a correr en dirección contraria.

Pero aquél fue su error porque de pronto, se encontró ante un muro infranqueable cuyo borde intentó alcanzar inútilmente en repetidas ocasiones.

Se volvió al oír el furioso chirrido de las ruedas del automóvil.

El vehículo estaba ahora ante él, cortándole toda posibilidad de escapatoria.

Freddy intentó subirse a la carrocería y saltar al otro lado, pero una férrea mano le detuvo a tiempo y cuando quiso saltar recibió un tremendo puñetazo en la cara que le dejó sin sentido.

Al abrir los ojos y tras unos instantes de desconcierto, Freddy levantó la cabeza y vio dos siluetas ante él en la penumbra del saloncito.

Una era la que correspondía a «Mágicus». Estaba sentado en un balancín. La otra, a la puerta abierta de la trampilla. Un tenue resplandor amarillento se proyectaba desde el fondo del sótano.

Freddy se llevó una mano a la dolorida cara y dejó escapar un sordo quejido.

«Mágicus» volvió la cabeza hacia él.

Sus ojos brillaban en la oscuridad como los de un tigre.

—¿Qué tal, amiguito? ¿Ya te has despertado?

Freddy comprobó entonces que estaba echado en un sofá y que al ponerse de pie la cabeza le daba vueltas. Se tuvo que apoyar en una silla para no caer al suelo.

—¿Por qué me ha traído aquí?

—Ya lo verás.

—¡Déjeme marchar!

«Mágicus» soltó una escalofriante risita.

—¿Está enfadado conmigo por lo que le hice a sus muñecos? —le preguntó Freddy—. Si es así… le pediré dinero a mi padre para que pueda usted comprarse otros muñecos.

—¡Tommy, Didí y Dodó son irreemplazables!

—¡No tiene ningún derecho a retenerme aquí! —gritó Freddy.

El muchacho no se acobardaba fácilmente. Y se expresaba como un hombre.

«Mágicus» se puso en pie. No estaba dispuesto a que Freddy se le subiera a las barbas.

—Te vas a quedar conmigo, pequeño bastardo… Te vas a quedar conmigo durante mucho mucho tiempo…

—¡Me escaparé!

—¡No me hagas reír! Jamás volverás a salir de esta casa, Freddy. ¡Jamás!

Por primera vez, el miedo se reflejó en los ojos del muchacho. «Mágicus» comprendió que estaba empezando a ganar la batalla.

—En realidad —prosiguió «Mágicus»—, ya no volverás a ver a tus padres nunca más.

Freddy retrocedió, pálido.

—No es posible… —murmuró—. ¡No puede hacer eso!

—Claro que lo haré.

—¿Y si le pidiera perdón por lo que hice?

—¿Y de qué me serviría?… No. Ya es demasiado tarde. Tú y tus amiguitos vais a pagar muy caro lo que les hicisteis a mis queridos muñecos. Dime Freddy… ¿qué mal os habían hecho? ¿Eh? ¡Responde! Y sin embargo, los destrozasteis. Mira ese sótano, Freddy. Míralo bien porque a partir de este momento, va a ser tu casa.

Freddy recordó entonces que la puerta que comunicaba con el exterior se encontraba a su izquierda, a muy pocos pasos de él. Sabía perfectamente que era mucho más ágil que «Mágicus» y también mucho más veloz. Quizá, con un poco de suerte, podría alcanzarla y escapar. Eso suponiendo que su raptor siguiera con la costumbre de dejarla abierta.

Dio una rápida vuelta y echó a correr hacia la misma.

Pero «Mágicus» había cambiado de costumbre.

La puerta estaba cerrada.

Freddy gritó con todas sus fuerzas pidiendo auxilio.

—Es inútil, muchacho —oyó en la penumbra—. Nadie va a oírte. Absolutamente nadie.

Y una sombra se abalanzó sobre él, le agarró ferozmente por los cabellos y le arrastró en dirección al sótano.

7

También era mala pata que cuando mejor se encontraba junto al cuerpo de su atractiva esposa hubiera sonado el teléfono y que la áspera y autoritaria voz de su jefe le hubiera ordenado que fuera inmediatamente a Comisaría. Y precisamente en un día como aquél, lluvioso y frío. ¡Sí que era mala pata!

Mientras se estaba poniendo los calcetines, su mujer, una bella muchacha de cabellos negros, le preguntó:

—¿Volverás a almorzar? Tenía pensado hacerte pato al horno.

Él sonrió.

—Eso pregúntaselo a mi jefe, nena.

Candy se dejó caer malhumorada en la cama. El agente de primera Billy Johnson, volvió la cabeza para mirarla y sonrió comprensivo.

—Vendré aunque tenga que traerme esposado al asesino, nena.

—¿Qué asesino? —preguntó ella alarmada.

—Es un decir.

Billy se inclinó para besarla en los labios y en uno de sus hermosos y desnudos senos.

Candy sonrió con coquetería.

—Billy…

—Ahora no puedo, nena. Se me está haciendo tarde…

—Billy…

—Que ya me he puesto los calcetines…

—Billy…

—Si tanto insistes…

Y volvieron a hacer el amor sin que Billy Johnson se quitara los calcetines.

Era una forma de ganar tiempo.

Una hora más tarde, el agente Johnson estaba delante de su jefe, el orondo teniente Chuck Wayne.

—Se ha retrasado, Billy —gruñó el oficial.

—El tráfico…

—No me venga con cuentos. Yo también he estado recién casado.

—Es usted muy listo, jefe.

Wayne sonrió. Y a continuación le mostró una fotografía.

—¿Quién es? —quiso saber Billy.

—Se llama Freddy Masterson.

—¿El hijo del abogado Clive Masterson?

—El mismo. Hace dos días que falta de su casa.

—Y tengo que buscarle yo. Precisamente yo.

—¿Por qué no?

—Porque lo mío son los asesinatos y todo eso. El trabajo de busca-niños-desaparecidos no me va.

—En este momento no tengo a nadie más que pueda ocuparse del caso, Billy. De cualquier forma, es un trabajo como otro cualquiera. En marcha.

Billy cogió la fotografía, se la metió en un bolsillo de la americana y abandonó el despacho de su superior. Pero poco después, volvía a abrir la puerta.

—Jefe…

—¿Sí?

—¿A qué escuela iba ese muchacho?

8

Freddy, sujeto a unas cadenas empotradas en la pared y que le tenían prácticamente inmovilizado, había perdido la noción del tiempo.

Únicamente sabía que en el interior de aquel miserable, oscuro y maloliente sótano, la noche sucedía a la noche, que tenía hambre y sed, que le dolían todos los huesos del cuerpo y que se veía obligado a hacerse las necesidades encima.

«Mágicus» sólo bajaba dos veces por día. Normalmente, una hacia media mañana y la otra al atardecer. En ambas ocasiones llevaba una bandeja con una ínfima ración de comida y un poco de agua.

Él mismo le daba de comer y de beber al muchacho y luego desaparecía hasta el día siguiente.

Pero Freddy no se quejó ni una sola vez.

Quería demostrarle a su raptor que no le tenía miedo. Aunque luego, al quedarse a solas, llorara desconsoladamente.

Raramente podía dormir toda la noche de un tirón. Se despertaba varias veces víctima de espantosas pesadillas y luego le era muy difícil volver a conciliar el sueño, así que tenía tiempo para pensar, demasiado tiempo, y había llegado a la espantosa conclusión de que «Mágicus» estaba en lo cierto cuando le dijo que nunca más volvería a salir de allí.

Aquella tarde, «Mágicus» le anunció:

—Muy pronto vas a tener compañía.

Pero Freddy no hizo ningún comentario.

—¿No tienes nada que decir?

Freddy siguió guardando silencio.

—Te quieres hacer el duro, ¿eh? Pero yo sé que estás muerto de miedo. Lo puedo leer en tus ojos. De todos modos, me da lo mismo. Lo único cierto es que te harás viejo en este sótano y que llegará un

día en el que lamentarás haber nacido. Y a tus amigos les ocurrirá lo mismo.

Freddy sintió que un escalofrío recorría todo su maltrecho cuerpo.

Pero siguió guardando silencio.

9

George iba leyendo una revista de historietas por la calle, cuando de pronto oyó una voz a su lado.

—Hola, George.

El muchacho levantó la mirada y al reconocer a «Mágicus», su rostro, ligeramente mofletudo, se puso pálido.

Tartamudeó:

—Buenas… tardes, señor… «Mágicus».

—Veo que aún me recuerdas.

—Sí, señor.

—Vamos a dar un paseo y charlaremos ¿quieres?

—Se lo agradezco mucho pero mis padres me están esperando…

«Mágicus» le agarró con fuerza por un brazo y tiró disimuladamente de él.

—¡Vamos!

Aquella calle, la Stepleton, estaba bastante concurrida a aquellas horas de la tarde. Niños que jugaban en las aceras, algún vehículo que transitaba de vez en cuando, un par de vendedores de hamburguesas… Pero cada cual iba a lo suyo y «Mágicus» estaba seguro de que nadie había reparado en él.

Realmente asustado, George se esforzó en soltarse, pero «Mágicus» le tenía bien sujeto.

El muchacho pensó que únicamente le quedaba una opción para librarse de aquel individuo; gritar, gritar con todas sus fuerzas. Pero no tuvo tiempo de abrir la boca porque de pronto, se encontró en el interior del viejo «Ford» con un pañuelo empapado en cloroformo ahogándole la respiración.

Cualquiera que hubiera pasado por allí en aquel momento habría pensado que se trataba de un simpático abuelito secándole la nariz a su nieto preferido.

Freddy miró a través de la densa oscuridad en dirección a la

trampilla. Ésta acababa de abrirse y penetraba un agradable y tonificante resplandor que por su intensidad le hizo suponer que se trataba de un reflejo solar. ¡El sol! ¡Cuánto daría por estar jugando en la playa en aquellos momentos!

Vio descender por la escalera la inconfundible silueta de aquel canalla de «Mágicus» llevando a alguien en sus brazos.

Bajó lentamente los escalones, se acercó a Freddy y dejó a ese alguien a sus pies. Poco después, encendió la bombilla que pendía del techo.

—¡George! —exclamó Freddy mirando fijamente a su amigo. Por un momento, creyó que estaba muerto. Pero «Mágicus» adivinó sus pensamientos.

—Sólo está bajo los efectos del cloroformo.

Luego se puso de cuclillas, arrastró el cuerpo de George en dirección a la pared y lo sujetó con las cadenas.

—Ahora tendrás con quien hablar, Freddy —sonrió cínicamente «Mágicus»—. Y cuando haya traído a los otros dos, hasta podrá ser divertido ¿no te parece?

Soltó una risa sarcástica, apagó la luz y abandonó el sótano.

Freddy se apresuró a llamar a su amigo:

—¡George!

Pero no obtuvo respuesta.

Apoyó la cabeza en la pared de cemento y clavó sus irritados ojos en el diminuto respiradero a través del cual se podía distinguir un tenue resplandor, tan tenue como la llama de una cerilla de diez metros de distancia. Sin embargo, aquel resplandor le ayudaba a renovar sus decaídos ánimos. Era como darse cuenta de que aún seguía vivo.

Notó que su amigo se movía.

—George…

El muchacho tardó en responder y era lógico. Le habría sucedido a cualquiera que estuviera volviendo en sí de los efectos de la anestesia.

—George…

—¿Freddy?

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás?

—Atontado.

—No te preocupes. Se te pasará pronto. Eso es del cloroformo.

Oyó que su amigo se echaba a llorar.

—¡Tengo miedo, Freddy!

Éste respondió:

—¿Y crees que yo no? Pero no hay que demostrárselo a «Mágicus». Tenemos que ser fuertes y valientes.

—¿Qué pretende hacer ese hombre con nosotros, Freddy?

—Supongo que vengarse por lo que le hicimos a sus muñecos. Está loco.

—¡Yo no les hice absolutamente nada! ¡Fuiste tú!

Su amigo tenía razón. George no intervino para nada en aquel juego. Todo lo hicieron entre él y Alan.

—Lo siento, George —se disculpó.

—¿Crees que tiene pensado matarnos, Freddy? —preguntó George con el pánico reflejado en sus palabras.

—No lo creo. Ya lo habría hecho.

—Entonces ¿qué pretende?

—No lo sé.

—¿No hay modo de escapar de aquí?

—¿Y cómo quieres hacerlo estando sujeto a estas cadenas?

El otro muchacho gimió desconsoladamente.

—¡Calma, George! ¡Ten calma!

10

—Esto empieza a olerme mal… —Gruñó Billy Johnson aceptando el cigarrillo que le ofrecía su jefe, Chuck Wayne.

—Y a mí también, Billy. Primero fue ese niño llamado Freddy Masterson y ahora, ¿cómo se llama el otro?

—George Connors.

—George Connors —repitió Wayne echándose hacia atrás en el asiento—. Bien, lo que al principio parecía como un simple caso de un niño que se escapa de casa por temor a que sus padres le riñan a causa de las notas, se ha convertido en algo mucho más grave. Dos niños que desaparecen en las mismas circunstancias y que van al mismo colegio… ¿Obra de un maníaco, Billy?

—Quizá. ¿Sabe, jefe? Lo que más temo es que ambos aparezcan cualquier día de estos asesinados en cualquier oscuro callejón. ¿Recuerda el caso Yinger?

—Prefiero no hacerlo. Ocurrió hace seis años, en 1956. El tal Yinger secuestró y decapitó a cinco niños. Yo llevé aquel caso y cuando vi sus cuerpecitos en el fondo de aquel pozo, se me revolvieron las tripas. Hasta el extremo de que estuve tres días sin poder probar bocado. Cada vez que veía un pedazo de carne, me entraban ganas de vomitar.

Billy pidió:

—Quiero que me asigne el caso, jefe.

Wayne sonrió.

—Creí que no estabas interesado en el mismo. Iba a asignárselo a Brown.

—Ése lo estropearía todo.

—De acuerdo, muchacho. El caso es suyo.

—Gracias, jefe.

Billy Johnson se fue a su casa. Su flamante esposa le recibió en la puerta como a un victorioso general que regresa de alguna

batalla. Se dirigieron al pequeño saloncito cogidos como dos enamorados y, mientras Billy se quitaba los zapatos en su butacón favorito, Candy le preparó un *whisky*.

Cuando le entregaba la bebida, le dijo.

—¿A que no adivinas que te he preparado para cenar, cariño?

Desde luego, Candy tenía una odiosa afición por la cocina.

Billy se forzó a ser amable.

—No tengo ni idea, nena.

—Albóndigas.

Billy sintió unos irrefrenables deseos de vomitar.

De repente, acababan de venirle a la memoria los niños decapitados de Yinger.

11

El hedor que se respiraba en el sótano, comenzaba a ser insoportable.

Los orines y los excrementos habían fermentado y su insoportable olor penetraba por las fosas nasales como una maldición.

George se quejaba continuamente de fuertes dolores en el vientre, y Freddy no hacía más que recomendarle que tuviera calma, pero él también estaba comenzando a perderla. Además, el roce de las cadenas le había producido llagas en las muñecas y en los pies.

Pero lo que más le preocupaba era su compañero. George sufría terribles pesadillas. Algunas noches, se despertaba gritando. Eran unos gritos que helaban la sangre.

Una de aquellas noches, «Mágicus» bajó al sótano con una correa en la mano y en su pálido rostro había un rictus de cólera.

—¿Qué es lo que pasa? —bramó—. ¿A qué vienen esos gritos?

Freddy intentó explicárselo.

—George se encuentra mal. Tendría que llamar a un médico o se morirá.

«Mágicus» se echó a reír histéricamente.

Freddy le observó alarmado.

Aquél ya no era el hombre que había conocido en la fiesta de Dick, ni siquiera el que le había raptado. No, no era el mismo. En poco tiempo había experimentado un cambio total. Estaba mucho más delgado y tenía profundas ojeras. Se había dejado la barba y, desde luego, estaba mucho más agresivo. Se enfurecía por nada y, cuando sucedía, sus ojos despedían un brillo amenazador.

«Mágicus» se estaba volviendo rematadamente loco.

—Así que el señorito Freddy quiere que llame a un médico, ¿eh?

—Es que, si no, George se morirá.

—¡Pues que se muera!

George se echó a llorar de un modo que habría enternecido hasta al mismísimo Jack el Destripador. Pero «Mágicus» reaccionó como una fiera y golpeó con la correa al muchacho hasta que éste, vencido por el dolor, dejó de llorar.

—¡Es usted una bestia! —gritó Freddy.

«Mágicus» se volvió y la emprendió a correazos con él. Cuando se hartó de pegarle, apoyó la espalda en la pared, jadeando y soltando saliva por las comisuras de los labios.

—¡Como castigo mañana no os bajaré comida! ¡Ni agua!

Freddy, sintiendo como la sangre resbalaba por sus mejillas, le observó mientras se dirigía al interruptor de la luz.

Pero antes de hacerlo funcionar, se volvió.

—Pronto vais a tener más compañía… —anunció de un modo siniestro.

Luego, apagó la luz y abandonó el sótano.

Tras unos instantes de silencio, Freddy llamó a su compañero.

—¿George?

Pero no obtuvo respuesta.

—¡George! ¿Estás bien?

Nada.

Una vez en el saloncito, «Mágicus» arrojó el cinturón sobre una silla y cogió la botella de *brandy*. Se sirvió una ración doble y la apuró de un trago.

«Quizás haya que limpiar y desinfectar el sótano —se dijo—. Huele de un modo insoportable».

Se derrumbó en una butaca con la botella de *brandy* en la mano.

«Ese Freddy es un hijo de mala madre. Siempre lo ha sido. No hay modo de doblegarle. Es terco como una mula y orgulloso. Peor para él. Acabará por tragarse su terquedad y su orgullo. Y en cuanto al otro… Si revienta, que reviente…».

Miró en dirección al oscuro mar. Tras unos instantes de contemplarlo, se puso pesadamente en pie y se encaminó hacia la otra ventana. Desde allí podía ver la tumba de sus queridos muñecos.

—Buenas noches, Tommy. Buenas noches, Didí… Buenas noches, Dodó… Que descanséis bien, pequeños míos.

12

A Billy Johnson le sentó como una patada en el estómago saber que había desaparecido otro niño. Esta vez se trataba de Alan Pomeroy.

Se lo comunicó el director del colegio.

—En vista de que no llegaba y después de lo que ha ocurrido con Freddy y George, he llamado a su casa. Su madre, la pobre mujer, alarmada, me ha dicho que Alan había salido de su casa hacía más de una hora.

—¿Por qué diablos no le acompañaba alguien? —Gruñó Billy.

—Alan vive solo con su madre y ella está bastante enferma. Además, de su casa al colegio hay apenas diez minutos. Señor Johnson ¿qué cree que está pasando? ¿Por qué han desaparecido esos niños?

—No tengo ni idea.

—Debe de ser obra de algún maníaco.

—Es posible. Lo que más llama mi atención es que los tres niños que han desaparecido pertenecen a este colegio.

—Y los tres eran muy amigos. Siempre iban juntos a todas partes.

Billy asintió con la cabeza.

—Sí, eso también es bastante chocante.

—Un momento…

—¿Ocurre algo?

—Hay un cuarto niño que formaba parte de ese grupo.

—¿Cómo se llama?

—Mike Simpson.

—¿Está en el colegio en estos momentos?

—Creo que sí.

—¡Hágale venir! ¡Aprisa!

El tintineo de las cadenas le hizo comprender a Freddy que Alan

estaba temblando. Y no había para menos. Pero él era el más fuerte de los tres y tenía que darles ánimos.

—Alan…

—¿Sí, Freddy?

—¿Qué tiempo hace afuera?

—Sol. Y calor.

—¡Con que ganas me pegaría un baño! ¿Tú no, George?

—Sí.

—Alan, supongo que la policía ya estará buscándonos.

—Han estado en el colegio preguntando a todo el mundo.

—¿Qué sabes de nuestros padres?

—Sé que están muy preocupados, como lo estarán los míos ahora. George… el otro día oí comentar que tu madre se ha puesto muy enferma.

George gimió. Y soltó un feroz bramido mientras tiraba con rabia de las cadenas.

—¡Quiero salir de aquí! ¡Quiero salir de aquí!

—¡Silencio, George! —le ordenó Freddy—. ¿Has olvidado lo que nos hizo ese canalla de «Mágicus»? ¡Yo no quiero recibir otra paliza!

Las palabras de Freddy hicieron callar a George, que, no obstante, no dejó de gemir durante un rato.

—¿Hay algún modo de escapar de aquí? —preguntó Alan.

—Ninguno —respondió apesadumbrado Freddy—. Lo he pensado mil veces. Pero «Mágicus» no nos suelta ni un momento. Ya lo ves. Tenemos que orinar y hacer de vientre sobre nosotros mismos…

—Hay que hacer algo, Freddy —insistió Alan—. Yo no podré aguantar mucho tiempo.

—Tendrás que hacerlo, igual que lo hacemos George y yo.

—¡No podré! —gimió Alan.

Freddy le animó:

—Aprende de George. Está sufriendo mucho. Pero no se queja. ¿Verdad, muchacho?

Pero George no respondió.

—¿George?

Tras unos instantes de inútil espera, Freddy optó por no molestar más a su amigo. Una vez más se puso a pensar en la posibilidad de escapar de aquel espantoso lugar. Pero ¿cómo hacerlo?

La trampilla se abrió de modo inesperado y apareció «Mágicus».

Bajó tambaleándose la escalera y encendió la luz.

Estaba borracho.

Echó un vistazo a su alrededor y arrugó la nariz con un gesto de repugnancia.

—Voy a tener que limpiar esta pocilga —anunció torpemente.

Entonces, miró en dirección a George y, tras dudar unos segundos, se acercó lentamente hacia él.

El muchacho tenía la cabeza ladeada y los ojos desmesuradamente abiertos.

—Está muerto —dijo después de comprobar sus pupilas—. Mucho mejor. ¡Así tendré que alimentar a uno menos!

13

Cuando el director del colegio anunció a Billy que Mike tampoco se había presentado, el policía temió lo peor. Llamaron a su casa pero no obtuvieron respuesta. Nadie cogió el teléfono.

—Creo que me voy a dar una vuelta por allí —dijo Billy.

Media hora más tarde estaba conversando con un vecino de los Simpson.

—Se han marchado.

—¿Cómo?

—Han abandonado la ciudad esta misma mañana. Después de lo ocurrido a los amiguitos del muchacho, sus padres habían cogido miedo y han optado por largarse. Es posible que vuelvan cuando se haya aclarado todo.

—¿Sabe adónde han ido?

—No tengo ni idea.

Billy regresó a Comisaría y se lo explicó al teniente Wayne.

—No podemos reprochárselo. Cualquiera habría hecho lo mismo en su lugar.

—Es posible, pero a mí me ha fastidiado. Me habría gustado mantener una conversación con él. Creo que ordenaré que busquen a los Simpson.

—¿Y qué espera conseguir, Billy?

—Lo sabré cuando haya hablado con Mike.

—No pierda el tiempo en eso, muchacho —le aconsejó Wayne—. Es mucho mejor que concentre toda su atención en encontrar a esos tres chicos. ¿No le parece?

—Pero ellos cuatro eran muy amigos.

—¿Y qué?

—Es posible que Mike sepa algo que pueda ayudarnos.

—Billy, no tenemos ni la más remota idea de adonde pueden haberse dirigido los Simpson.

—Quizás lo sepa alguno de sus familiares.

—Está bien, inténtelo. Pero no pierda demasiado tiempo en ello. El Gran Jefe —Chuck Wayne señaló hacia arriba con el pulgar— está empezando a ponerse nervioso.

14

A «Mágicus» le estaba ocurriendo algo muy curioso.

Hacía tan sólo unas pocas semanas (en realidad antes de que comenzara todo aquel desagradable asunto), la idea de ver de cerca la muerte le habría parecido algo sencillamente espantoso. Él siempre había amado todo lo hermoso y bello de la vida, como por ejemplo los niños, ahora tan repelentes y diabólicos.

Sin embargo, ahora, observando a George muerto delante de él, la idea que tenía de la muerte no le parecía tan espantosa ni mucho menos.

Había subido al muchacho desde el sótano al saloncito y le había sentado en un butacón, cerca de una ventana.

El cadáver tenía los mofletudos carrillos algo pálidos y la boca ligeramente inclinada hacia la izquierda. Pero, por lo demás, parecía seguir con vida.

Quizá lo que más le afease fuesen aquellos ojos tan abiertos…

Se los cerró y volvió a observarle.

Perfecto.

Ahora parecía que estuviera dormido.

No, la visión de la muerte no era tan espantosa como él había pensado.

Hasta resultaba bella.

Claro que se trataba de un muchacho de once años y a esa edad todos parecen hermosos.

Lo enderezó ligeramente y le arregló la camisa marrón.

Se lo quedó mirando.

—Huele mal —se dijo—. Muy mal… Aunque no era de extrañar teniendo en cuenta el hedor que se respira en el sótano.

Se sirvió un *brandy* y, mientras daba buena cuenta de él, observó una vez más el cadáver del muchacho.

Le dijo:

—¿Qué voy a hacer contigo, George?… Tengo que pensar algo al respecto. Podría enterrarte en el jardín. Como a Tommy, Didí y Dodó… Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Un pequeño bastardo como tú enterrado en el mismo lugar que mis queridos muñecos? ¡No! Descartado.

Se sirvió otro *brandy*. Lo apuró de un trago, dejó la botella sobre una mesita y encendió un cigarrillo. Con él entre los labios se acercó a la ventana y miró en dirección al mar.

—Podría descuartizarte, George —murmuró—. ¿Qué te parecería eso? ¿Qué tal subir al cielo convertido en una hamburguesa? —se rió de su propio chiste. Expelió una densa bocanada de humo—. Ya está, George. Te arrojaré al mar. Eso es. Al mar. Con un par de piedras en los pies. ¿Te gusta la idea, pequeño bastardo? Sí, esta noche te arrastraré hasta allí y luego, en la barca, iremos mar adentro, muy adentro…

15

Al principio, una vez que «Mágicus» se hubiera llevado el cadáver de George, Freddy y Alan estuvieron más de una hora guardando un silencio sepulcral. Habían quedado tan impresionados que se les habían quitado las ganas de hablar.

—Acabaremos como él, Freddy —sentenció de pronto Alan ahogando un sollozo.

Freddy tuvo que admitir que su amigo tenía razón. Toda la razón del mundo. Pero no hizo ningún comentario porque quería seguir dando la sensación de ser el más fuerte y entero de los dos. De otro modo, si se dejaban llevar por los nervios, todo podría ser mucho peor.

—Deberíamos buscar el modo de salir de aquí, Freddy —insistió Alan.

—No se me ocurre ninguno mientras estemos sujetos con estas cadenas, Alan.

—¡Me gustaría ser Superman!

—¡Toma! ¡Y a mí!

—Si pudiéramos conseguir que «Mágicus» nos soltase aunque sólo fuera durante cinco minutos…

—Pero no lo hará.

Volvieron a guardar un largo silencio.

—¡Pobre George! —exclamó Alan—. ¿Qué crees que hará con él?

—No quiero ni pensarlo. Y tú tampoco deberías hacerlo, Alan. Tenemos que mantenemos enteros… Me parece que es el único modo de poder soportar esto.

—A lo mejor la policía acaba por dar con nosotros, Freddy. Pero ¿y si no es así?

—¿Quieres callarte de una vez?

De repente, oyeron un ruido sobre sus cabezas. Parecía que

«Mágicus» estaba arrastrando algo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo, Freddy? —preguntó Alan apenas sin voz.

—Sí. Debe de ser el pobre George.

—¿A dónde le llevará?

—¿Cómo rayos quieres que lo sepa? —Casi gritó Freddy.

El ruido se fue haciendo cada vez más débil y lejano hasta desaparecer por completo.

Media hora más tarde, el cuerpo de George descansaba en el fondo del mar con dos piedras atadas a sus pies descalzos.

Y mientras «Mágicus» regresaba a la playa remando tranquilamente, recordó que aún no había terminado su trabajo.

Le faltaba el otro muchacho.

16

1972

En diez años habían ocurrido muchas cosas.

«Mágicus» se había convertido en un hombre casi decrépito y alcoholizado. No le quedaban fuerzas ni para bajar la comida a sus huéspedes (ahora les llamaba de ese modo). Las escasas fuerzas que aún le quedaban las utilizaba para empinar la botella y para ir de vez en cuando a pescar, no a las rocas, porque éstas quedaban ya excesivamente lejos para él, sino a un embarcadero que había construido un Club de yates de recreo cerca de su casa, y en donde dos sábados al mes se organizaba un baile hasta altas horas de la madrugada que le impedía descansar adecuadamente. Sin embargo, en todo aquel tiempo no había estado enfermo ni un solo día. Únicamente sufría algunos trastornos seniles de vez en cuando, pero eso era todo. Lo arreglaba con una ración doble de *brandy*.

Sólo una cosa le ponía nervioso cuando pensaba en ella, aunque con el paso del tiempo había empezado a olvidarla:

Mike.

Ése se le había escapado de las manos…

Pero en fin, las cosas no siempre salen como uno las planea.

En cuanto a Freddy y Alan, ¿qué decir de ellos?

Ahora eran un par de hombrecitos hechos y deshechos.

Freddy tenía veintiún años y Alan veinte.

Su aspecto, sin embargo, era realmente deplorable, aunque no había para menos después de haber permanecido diez años encerrados en aquel sótano.

Estaban famélicos. Si alguien hubiera podido verles habría recordado inmediatamente la imagen de un par de judíos en un

campo de concentración nazi. Tenían sus escuálidos cuerpos llenos de costras y de mugre acumulada durante años. En realidad, se podía decir que no parecían seres humanos, sino algo que de algún modo recordaba a éstos.

Hacía un par de años que «Mágicus», en un ataque de magnanimidad, les había quitado las cadenas. Ahora los dos muchachos podían moverse libremente por el sótano, lo cual no dejaba de ser un gran alivio después de haber permanecido ocho años encadenados.

En cuanto al agente Billy Johnson, ahora era sargento. Tenía un hijo de tres años llamado Peter y su mujer, Candi, había escrito un par de libros, ¡cómo no!, de cocina.

En su larga vida profesional tan sólo había dejado un par de casos sin resolver. Uno era el atraco a un supermercado en el cual los ladrones se habían «cargado» a la cajera porque ésta se había negado a entregarles el dinero. Billy no pudo jamás atrapar a los culpables. El otro asunto era el de la desaparición de los tres niños. No había dado con ellos. Ni había encontrado a Mike. Luego se enteró que la familia Simpson vivía en Canadá, donde el padre había encontrado un buen empleo. Trató de ponerse en contacto con ellos pero todo fue inútil. Mike alegó que no sabía nada de nada y el padre del muchacho le pidió a Billy que les dejara en paz.

17

«Mágicus» se había quedado dormido con la caña de pescar entre las manos.

Le despertó un sonoro trueno y al levantar los somnolientos ojos hacia el cielo, vio que se estaba preparando una buena tormenta. Aquélla era una región en la que no solían haber muchas pero cuando estallaba alguna, valía por todas.

«Lo mejor que puedo hacer es recoger todos mis bártulos y regresar a casa. Además, ya va a ser hora de dar de comer a los huéspedes».

Mientras caminaba pesadamente por la arena en dirección a la misma, vio algo que le alarmó.

Había un policía husmeando.

No era un hombre, sino una mujer.

Un muchacha de unos veinticinco años, bastante bonita y ligeramente pecosa.

Observó a «Mágicus» y le preguntó:

—¿Es usted el dueño de la casa?

—Sí, señorita. ¿O debo llamarle agente?

La muchacha no respondió a la pregunta. Se limitó a echar un vistazo a un pequeño bloc que había sacado del uniforme.

—¿Ocurre algo? —preguntó «Mágicus».

—Algunos vecinos suyos se han quejado de oír gritos en su casa, señor…

—Morgan. Jack Morgan. ¿Dice gritos? ¿Qué en mi casa se oyen gritos? ¡Vaya tontería! ¿Cómo se van a oír gritos si vivo solo? Y yo no estoy todavía tan loco como para gritar…

—¿Puedo echar un vistazo a la casa?

«Mágicus» se encogió de hombros.

—Si es eso lo que desea, adelante.

Le abrió la puerta y él se hizo a un lado para dejarla entrar.

Observó que el bonito pero inexpresivo rostro de la agente, se había contraído con un gesto de repugnancia.

—Es posible que la casa necesite airearse un poco —arguyó «Mágicus» dejando los bártulos de pescar sobre una silla—, pero soy algo vago, ¿sabe?

—¿A dónde conducen esas escaleras?

—A mi habitación y al baño. ¿Quiere verlo?

—No…

La agente cruzó el saloncito y se plantó delante de una de las ventanas. Miró a través de ella, en dirección al mar. Luego, se dio media vuelta y miró por la otra.

—¿Qué es eso? —preguntó de pronto.

—¿El qué?

—Parece una tumba.

—Son mis muñecos.

La agente se volvió, sorprendida.

—¿Sus… qué?

Él replicó:

—Mis muñecos. Tommy, Didí y Dodó. En mis tiempos fui ventrílocuo y también hacía algo de magia. De ahí mi nombre: «Mágicus».

—¡Ah!

—Fui bueno. De los mejores.

—¿Sí?

—Seguro. Tengo varios recortes de periódicos que hablan de mí. ¿Quiere que se los enseñe?

—No será necesario. Confío en su palabra.

La agente echó un último vistazo a la tumba y se apartó de la ventana.

Cuando parecía que se disponía a marcharse, señaló en dirección al suelo.

Inquirió:

—¿Qué hay debajo de esa trampilla?

«Mágicus» observó entonces que la alfombra que normalmente se encontraba sobre la misma, estaba ligeramente ladeada.

Aquél era un fallo realmente imperdonable por su parte.

Pero ya no había remedio.

—Un sótano —respondió «Mágicus» con toda la naturalidad de

que fue capaz.

—¿Un sótano? ¿Y qué hay en él?

Él respondió:

—Bueno, trastos viejos y cosas así…

—Me gustaría echarle un vistazo.

«Mágicus» se mostró intransigente por primera vez.

—Agente, me está usted causando excesivas molestias. ¿Y total por qué? Porque algún idiota ha creído oír gritos en esta casa. Bien, pues ni aquí grita nadie ni voy a permitirle que siga usted metiendo las narices donde no le llaman. ¡Fuera!

Ella le amenazó:

—Como quiera, señor Morgan. Pero le advierto que volveré con una orden de registro.

Y dio media vuelta.

—¡Espere, no se vaya!

La agente se volvió.

—De acuerdo —dijo «Mágicus» sonriendo de un modo siniestro —. Le dejaré ver lo que hay en el sótano.

18

La agente Sabrina Jones saltó de la cama después de quitarse de encima los peludos brazos de su amigo, un pintor de segunda fila llamado Kalus.

Mientras se vestía, Kalus, un rumano vigoroso e incansable, le preguntó:

—¿Pero a qué vienen tantas prisas, Sabrina?

—Mira la hora que es. Las cinco y diez. ¡Hace diez minutos que tenía que estar con mi compañera Mónica en el supermercado Chester! ¡Y aún estoy aquí! ¡Dios mío! ¿Qué me ha pasado?

Kalus sonrió mientras también se vestía.

—Que lo has pasado tan bien que luego te has quedado dormida como un bebé. Pero no te preocupes. Te llevaré en mi coche.

Sabrina llegó al supermercado alrededor de las cinco y media. No vio a Mónica ni en el interior ni en el exterior del mismo. Eso era bastante extraño porque si bien ella se había retrasado media hora, su compañera tenía la obligación de esperarla.

Se puso en contacto con Comisaría pero allí le dijeron que no sabían nada de Mónica desde las once y veinte, hora en la que había efectuado una llamada desde Palmer Beach.

Sabrina se reunión con Kalus.

—Esto es muy extraño —murmuró—. Mónica suele ser muy puntual.

Kalus sonrió.

—No hay mujeres puntuales, nena. No existen.

—¡Esto es distinto, Kalus! En la policía no se puede andar con frivolidades.

—Bueno, ¿qué haces?

Ella decidió:

—Quedarme, naturalmente. Tú vete. Nos veremos esta noche.

—Como quieras.

El rumano se metió en su viejo cacharro y arrancó a lo Nicky Lauda.

A las seis Mónica aún no había dado señales de vida y en Comisaría seguían sin saber nada de ella, por lo que Sabrina comenzó a temer lo peor.

Últimamente, dos agentes habían sido violadas.

El hedor que subió desde el fondo del sótano cuando «Mágicus» abrió la trampilla, hizo que el estómago de la agente Mónica se volviera del revés.

—¡Dios mío! —exclamó tapándose la boca con la mano—. ¿Qué tiene usted ahí abajo?

—Ya se lo he dicho —respondió tranquilamente «Mágicus» a sus espaldas—. Trastos. Bueno, ¿quiere bajar o no?

Mónica estuvo a punto de desistir porque aquel olor era insoportable, pero de repente tuvo la desagradable sensación de que en aquel sótano había algo.

Llevó su mano derecha a la pistola.

—Encienda la luz, señor Morgan —le ordenó.

19

Cuando Sabrina Jones terminó su servicio se fue directamente a Comisaría para hablar con su jefe inmediato, el sargento Billy Johnson.

—¿Se ha sabido algo de Mónica? —preguntó la muchacha nada más entrar en el despacho.

—No —gruñó Billy aplastando el cigarrillo en el cenicero—. Confío en que se trate de un retraso producido por algún servicio. Algunas veces ocurre.

—No lo creo —respondió Sabrina—. Es un retraso excesivamente largo, ¿no le parece?

—Sí, claro que sí —volvió a gruñir Billy poniéndose en pie—. Pero prefiero pensar que se trata de eso y no de otra cosa.

—¿Por ejemplo?

—¿Es que ha olvidado que dos de nuestras agentes han sido violadas en las últimas semanas?

—Claro que no lo he olvidado, sargento. Pero Mónica está bien preparada y no se deja sorprender con facilidad.

—Entonces ¿por qué no da señales de vida? —Casi gritó Billy.

—No tengo ni idea. Sargento, déjeme ir a buscarla. Recorreré su zona paso a paso. Es posible que alguien haya visto algo. No se pierde nada con probar.

—De acuerdo. Vaya. Pero manténgame informado.

Cuando Sabrina abandonó su despacho el sargento gruñó despectivamente:

—¡Agentes femeninos! ¿De quién sería el invento?

La muchacha salió a la calle y llamó a su amigo Kalus desde una cabina telefónica para informarle de lo que ocurría y para advertirle que se iba a retrasar. Después, se dirigió al parque de automóviles anexo al edificio de la Comisaría y, luego de rellenar la correspondiente petición, subió a uno de los coches patrulla que se

encontraban aparcados bajo una extensa marquesina.

Al pasar por la cabina de control saludó con la mano al agente McCallum, que en aquel momento se hallaba en el interior de una apestosa cabina, y enfiló por Sand Boulevard en dirección a la zona costera.

20

«Mágicus» acababa de descubrir algo realmente sorprendente.

Desde la muerte de su querida esposa Mabel, ocurrida hacía diecisiete años mientras trabajaba como trapecista en un circo, sólo había tenido un par de aventuras amorosas. Una había sido con una fulana que trabajaba en un bar y la otra con la taquillera de un cine.

Después, nada.

En realidad, tampoco lo había echado en falta.

Él no había sido nunca un hombre excesivamente ardiente. Era de los que piensan que en la vida hay cosas mucho más importantes en las que emplear el tiempo que perderlo en conquistar a una mujer para después llevársela a la cama, y, aunque sería absurdo negar el goce que ello produce, jamás lo consideró como un acto fundamental en la existencia de un hombre, sobre todo en un hombre como él entregado por completo a los niños y a sus muñecos (q.e.p.d.).

Por todo ello, lo que «Mágicus» acababa de descubrir era realmente sorprendente.

A sus casi setenta y dos años, acababa de descubrir que aún era capaz de excitarse.

¡Qué sensación tan maravillosa!

Era como sentirse repentinamente cincuenta años más joven. Aquel descubrimiento había significado una gran inyección de moral para él.

¡Aún era un hombre como los demás y no un maldito vejestorio arrinconado en una miserable casita en la playa!

Pero ¿cómo había llegado a aquel descubrimiento?

Era algo que tenía que agradecer a aquella testaruda agente de policía.

Se había empeñado en bajar al sótano…

Naturalmente, no había contado con la presencia de los

huéspedes y aquellos bárbaros eran capaces de todo.

«Mágicus» soltó una retorcida risita en la densa oscuridad del saloncito mientras recordaba con excitación cómo había sucedido todo.

Ella se empeñó en bajar.

Eso significaba descubrir lo que ocurría en el sótano, así que si la hubiera dejado cumplir con su deber, ahora estaría entre rejas y él no podía permitir tal cosa, naturalmente…

Por lo tanto, no le había quedado otro remedio que golpearla en la cabeza, sujetarla a tiempo antes de que cayera escaleras abajo, apropiarse de la pistola, darle un empujoncito y cerrar la trampilla.

«Mágicus» volvió a reír en la oscuridad.

Recordó el ruido de las cadenas al ser arrastradas por los huéspedes, sus cuchicheos en la profundidad del sótano. «Mágicus» no podía ver sus rostros, pero sí adivinar la expresión de lujuria que habría reflejada en ellos. No en balde aquélla era la primera mujer que veían en diez años…

Recordaba también que había seguido un corto silencio. Y que al pegar el oído en la trampilla, oyó los vandálicos estertores de placer de Freddy y sus cadenas moviéndose frenéticamente, y a Alan gritando como un poseso «¡Ahora me toca a mí!».

Los jadeos de Freddy se convirtieron poco a poco en bramidos hasta la explosión final.

Luego, se escuchó su risita de satisfacción.

Después, le tocó el turno a Alan. Aquello fue demasiado para «Mágicus». La sangre le golpeó el cerebro y su corazón se le disparó con fuerza.

Y el feroz y repentino orgasmo de Alan, también fue su orgasmo.

21

Sabrina Jones conocía a la perfección la ruta que seguía su compañera Mónica, así que no le fue difícil recorrer aquellos establecimientos o interrogar a las personas que podían darle alguna información. Lo malo fue que, en efecto, todos habían visto a la simpática y eficiente agente Mónica Fulton haciendo su ronda de todos los días pero nadie pudo aportar algún detalle o hecho significativo que pudiera ayudar a Sabrina a localizar a su compañera.

Todo estaba en orden.

Pero…

—¡Eh, Sabrina!

La agente se volvió en el momento en que iba a entrar de nuevo en el coche patrulla.

Era aquel pedante de Jim Ferguson, un motorista bastante bien parecido, que se las daba de conquistar a todas las mujeres que se cruzaban en su camino. Como agente era bastante eficiente, pero como rompe-corazones femeninos dejaba mucho que desear. Al menos para Sabrina que, a pesar de reconocer que era un tipo muy atractivo, le veía como una estatua en mitad de una plaza.

—Hola Jim —saludó ella.

El agente se apeó de su moto y se acercó a la muchacha caminando como lo habría hecho John Wayne dirigiéndose al malo de la película antes de soltarle un par de puñetazos.

—¿Qué haces tú por esta zona? —le preguntó quitándose las gafas oscuras y mirándola fijamente como si quisiera hipnotizarla.

Sabrina se lo contó en pocas palabras.

El motorista comentó:

—Es muy raro en Mónica. No es su forma de proceder.

—Eso es precisamente lo que más me extraña —respondió Sabrina—. Empiezo a pensar que haya podido ocurrirle algo malo.

—Un momento… —dijo de pronto Jim como si acabara de recordar algo importante—. Yo la he visto esta mañana conversando con Phil Yordan.

Yordan era otro de los agentes que patrullaban aquella vasta zona cercana a la playa.

—¿Y qué? —preguntó Sabrina encogiéndose de hombros.

—Que es posible que él sepa algo. ¿Por qué no le llamas a su casa?

—No es mala idea. ¿Tienes su número de teléfono?

—No. Pero te lo darán en Comisaría.

—Gracias por todo, Jim.

Sabrina iba a meterse en el coche cuando él la retuvo cogiéndola por un brazo.

—¿Por qué no salimos a cenar juntos una de estas noches? —le preguntó el motorista mirándole de un modo que habría enternecido a la mismísima

Mata-Hari.

Pero Sabrina no era precisamente

Mata-Hari.

—No puedo, Jim. Estoy comprometida.

—¿Con ese rumano pintor de brocha gorda? ¿Qué tiene él que no tenga yo?

—Yo sé lo que tiene él, Jim —le sonrió Sabrina—. Adiós.

Se metió en el coche y se puso en contacto con Comisaría. Un par de minutos después, tenía el número de teléfono de Yordan.

Le llamó desde una cabina pública.

—¿Quién es? —Era una voz de mujer. Sabrina supuso que se trataba de la esposa del policía.

—Me llamo Sabrina Jones. Soy compañera de Yordan. ¿Podría hablar con él? Se trata de algo muy importante.

—Mi marido está en la cama con gripe.

—Lo lamento —respondió Sabrina—, pero sólo se trata de hablar con su marido un par de minutos. Créame señora que no la molestaría si no se tratara de algo importante.

—Está bien. Espere un momento.

Yordan se puso al teléfono poco después.

—Hola, Sabrina, ¿ocurre algo?

La agente se lo explicó.

—Sí, es cierto —respondió Yordan—. Estuve hablando con Mónica. Le conté que no me encontraba bien y ella se ofreció para cubrir el resto de mi servicio. Me hizo un gran favor. Yo estaba deseando llegar a casa y meterme en la cama.

—¿Cuál es tu zona, Yordan?

—Desde Sutton Bay hasta Palmer Beach. Pero sólo me quedaban un par de llamadas por atender.

—¿Recuerdas cuáles eran?

—Deja que haga un poco de memoria. Sí, una era la de una maldita vieja que tiene la manía de que su yerno la quiere asesinar. Vive en el 540 de Sound Boulevard. Y la otra la de unos vecinos de Palmer Beach que aseguran que se oyen gritos en una casita que hay cerca del embarcadero del Club de Yates. Conozco al tipo que vive en ella. Se llama Jack Morgan. Está chiflado.

—Está bien, Yordan. Iré a echar un vistazo.

—Espero que a Mónica no le haya sucedido ningún percance. Es una gran chica.

—Espero que no. Que te mejores.

Sabrina colgó y se dirigió a su coche. Un par de minutos después ya estaba en camino al 540 de Sound Boulevard.

La vieja le contó que, en efecto, una agente demasiado guapa para ser policía había estado allí hablando con ella y que se había marchado al cabo de diez minutos.

—Pero yo hubiera preferido que se quedara un poco más hasta que se fuera el loco de mi yerno. No me fío de él, ¿sabe? Ése me asesina cualquier día de éstos.

La hija de aquella mujer llegó poco después con la compra. Condujo a su madre hasta el saloncito, la obligó a sentarse y regresó junto a Sabrina.

—No le haga caso, agente. La tiene cogida con mi marido.

Sabrina sonrió comprensiva y abandonó la casa. Aparentemente, no existía ningún motivo para sospechar de aquel par de mujeres. No obstante, echó un vistazo por los alrededores, pero tampoco encontró nada que justificara su presencia allí. Así que volvió a meterse en el coche y se encaminó hacia el domicilio de Jack Morgan.

22

«Mágicus» no había contado con aquello, aunque para ser sincero consigo mismo, tenía que comprender que era lo más normal del mundo porque si sus huéspedes se habían acostumbrado al cautiverio después de diez años, no podía esperar que la agente hiciera lo mismo, y mucho menos tratándose de una mujer dispuesta a gritar por nada…

Eso era exactamente lo que hacía la agente: Gritar pidiendo auxilio. Sus gritos retumbaban por toda la casa como truenos. Pero ¿por qué diablos no impedían Freddy y Alan que siguiera gritando? ¿Por qué no la obligaban a callar?

La respuesta sólo podía ser una.

Que a sus huéspedes les convenía que la muchacha siguiera gritando para atraer la atención de los vecinos.

¡Los muy zorros!

«Mágicus» decidió que había llegado el momento de actuar.

—Tengo dos caminos: O liquidar a la chica o sujetarla con cadenas y taparle la boca hasta que comprenda que, al igual que sus compañeros, nunca más va a salir de este agujero.

Egoístamente, optó por esta última solución.

No quería perder a la muchacha porque después de la excitante experiencia que acababa de vivir también él tenía derecho a participar de aquel cuerpo que se le antojaba macizo y bien formado.

Se apartó de la ventana a través de la cual había estado contemplando la lluvia que había empezado a caer y cogió el látigo que utilizaba para mantener a raya a los huéspedes. Sólo en un par de ocasiones había tenido que emplearlo, y de ahí los gritos que habían oído sus vecinos.

Pero ahora la cosa era mucho peor estando la muchacha que no paraba de gritar y gritar…

Abrió la trampilla, encendió la luz y bajó las escaleras.

Allí estaba la agente, agazapada en un rincón, casi totalmente desnuda.

«Mágicus» pudo entonces comprobar personalmente que no se había equivocado.

La muchacha tenía un par de hermosos pechos y unos muslos que parecían de terciopelo.

Sus bragas, negras, estaban hechas pedazos.

Se puso en pie de un salto, gritando:

—¡Sáqueme de aquí!

«Mágicus» hizo restallar el látigo. La chica retrocedió contra la pared.

—Nadie va a salir de aquí, señorita —sonrió «Mágicus»—. ¿Me toma por idiota? Lo primero que haría sería denunciarme. No, se quedará en este sótano haciendo compañía a mis huéspedes. ¿Qué os parece muchachos?

Observó a Freddy y a Alan.

Totalmente desnudos, con cadenas en las muñecas y en los pies, pero sin estar sujetos a parte alguna, con aquellos cabellos que les llegaban hasta más abajo de los hombros, sus cuerpos escuálidos y llenos de espesa mugre, sus rostros sin afeitar y con costras, parecían un par de salvajes que hubieran vivido toda su vida desterrados en una isla perdida en el mismo corazón del infierno.

—Lo que usted diga —respondió Freddy. Su voz era ahora la de un adulto, ligeramente ronca y áspera.

«Mágicus» volvió su mirada hacia Mónica. Allí, de pie contra la pared, con sus encantos al descubierto, estaba realmente hermosa y deseable.

—Tú acabarás siendo tan obediente como ellos. Por cierto, aún no sabemos tu nombre.

—Mónica.

—Bonito nombre.

La muchacha dio un par de tímidos pasos. «Mágicus» levantó ligeramente el látigo. No se fiaba de aquella pantera.

—Por favor… deje que me vaya… Le prometo que… no diré nada a nadie.

«Mágicus» soltó una risotada.

—Tú sabes que eso no es verdad. En cuanto estuvieras libre,

irías a contarlo todo a tus compañeros. No, te vas a quedar aquí para servir de distracción a mis huéspedes. Ya son unos hombrecitos y necesitan a una mujer complaciente como tú a su lado… —«Mágicus» volvió a reír como un cuervo—. ¡Incluso hasta es posible que yo te utilice de vez en cuando! No me crees ¿eh? Piensas que ya soy un vejestorio ¿verdad? Pues sólo tienes que tocar mi bragueta… ¡Verías cómo estoy en este momento!

Lo que no esperaba «Mágicus» era que aquella hermosa criatura reaccionase como lo hizo. De repente, se tiró sobre él como una fiera. Estaba bien entrenada la condenada. Incluso llegó a golpearle con el puño en el rostro, lo que le obligó a dar un ligero traspiés. Entonces vio con el rabillo del ojo que Freddy y Alan se disponían también a atacarle.

Pero ninguno de los tres contó con su vigorosa reacción. Quizá esperaban que, tratándose de un artrítico y medio alcoholizado vejestorio, iba a ser presa fácil. ¡Pobres ilusos! Él siempre había sabido sacar fuerzas de flaqueza cuando estaba en peligro como ahora.

Volteó el látigo y alcanzó de pleno a la muchacha. Mónica soltó un alarido de dolor y, con el rostro manchado de sangre, retrocedió hasta tropezar con Freddy y Alan.

Ahora les tenía a raya a los tres.

—Eres una chica valiente —sonrió siniestramente «Mágicus»—. Pero lo que acabas de hacer te va a costar muy caro… ¡Vosotros dos! ¡Sujetadla a las cadenas de George! ¡Vamos, daos prisa!

Mónica se resistió cómo pudo pero acabó comprendiendo que todo era inútil y de pronto se encontró sujeta a aquellas cadenas que casi le impedían cualquier movimiento.

—Voy a ser condescendiente contigo —le dijo «Mágicus» después—. Pensaba amordazarte para evitar que siguieras gritando pidiendo auxilio. No lo haré por ahora. Pero si vuelves a gritar, tendré que taparte la boca durante una buena temporada.

—¡Está usted loco! —chilló Mónica—. ¡No se saldrá con la suya! ¡Tarde o temprano vendrán a por mí!

—Que vengan —respondió tranquilamente «Mágicus»—. Y a ser posible que lo haga otra agente tan guapa como tú. Sería divertido…

«Mágicus» volvió a sonreír y abandonó el sótano.

No había hecho más que servirse un *brandy*, cuando oyó el timbre de la puerta. Miró por la ventana y vio a una agente tan guapa como Mónica.

O quizá más…

—Soy la agente Sabrina Jones —se presentó la muchacha con el uniforme completamente empapado.

—¿Qué desea? —le preguntó «Mágicus» mirándola de arriba a abajo. No tenía unos pechos tan opulentos como la otra, pero sí unas piernas más bonitas y esbeltas, y, desde luego, era mucho más guapa.

—¿Puedo entrar? Me estoy mojando.

—Claro…

«Mágicus» se hizo a un lado y Sabrina penetró en aquella extraña y oscura casa, llena de recuerdos y de viejos muebles. Inmediatamente percibió un olor bastante desagradable que no supo a qué atribuirlo.

—Hay una queja de sus vecinos contra usted. ¿Está enterado de ello?

—Sí.

—¿Quién se lo ha dicho?

—A veces se oyen cosas por ahí…

Sabrina se sintió un poco incómoda por el modo como la miraba aquel vejestorio. Se diría que intentaba desnudarla con aquellos ojos enrojecidos por el alcohol.

Decidió preguntarle:

—Señor Morgan ¿ha estado aquí otra agente antes que yo?

«Mágicus» sonrió para sus adentros. Por fin aquella estúpida que se creía muy lista estaba dejando al descubierto sus verdaderas intenciones. No cabía ninguna duda de que estaban buscando a Mónica.

—Sí… —«Mágicus» prefirió decir la verdad. Siempre era mejor que mentir. A la policía se la engaña más fácilmente diciendo la verdad.

—¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo. Hace ya algunas horas.

—¿Cuántas?

—Le acabo de decir que no lo recuerdo. Estuvo aquí, me hizo algunas preguntas, echó un vistazo por la casa y se fue.

Sabrina preguntó:

—¿Hacia dónde?

Él exclamó:

—¡Y yo qué diablos sé!

Sabrina miró a su alrededor al igual que lo hiciera la otra. «Mágicus» se fijó en la alfombra que cubría la trampilla. En esta ocasión no había problemas. La alfombra estaba en su lugar correcto.

—¿Qué pasa? —le preguntó «Mágicus»—. ¿Es que no se fía de lo que le estoy diciendo? No irá a creer que la tengo secuestrada aquí, ¿verdad?

—No, claro que no —respondió Sabrina—. Bien, eso es todo, señor Morgan. Muchas gracias por atenderme.

Él respondió:

—De nada.

La agente abandonó la casa y corrió hacia el coche que había dejado aparcado en la parte trasera de la misma. De repente, «Mágicus» la vio detenerse y volver sobre sus pasos a pesar de la intensa lluvia que estaba cayendo.

Acababa de descubrir la tumba de los muñecos.

Sabrina la estuvo contemplando por espacio de algunos segundos y, finalmente, se encaminó hacia el coche, sin correr, pensativamente. Subió, lo puso en marcha y arrancó.

En ese instante, «Mágicus» tuvo la sensación de que la volvería a ver.

23

Mónica estaba entrenada para todo tipo de eventualidades y para cualquier situación de emergencia que no fuera la que le había tocado vivir.

Aquello era una auténtica pesadilla.

Pero había llegado a la conclusión de que el único modo de salir alguna vez de aquel infierno era conservando la calma. ¿Qué otro camino le quedaba para hacer frente a aquel loco que la había secuestrado y a los dos muchachos que compartían el sótano con ella? Y hablando de ellos… ¿Cuánto tiempo llevarían allí dentro? Por su aspecto se diría que años. ¿Qué habría ocurrido?

Sabía que uno, el mayor, se llamaba Freddy y el otro Alan. Pero ignoraba el resto de la historia. Y aunque les odiaba por lo que le habían hecho, estaba dispuesta a granjearse su amistad. Era mejor tenerles como amigos que como enemigos. De ese modo podría manejarles con menos dificultades.

Sin embargo había un par de cosas que no podía soportar y eran el espantoso hedor que se respiraba allí dentro y el estar sujeta a aquellas molestas cadenas que casi le impedían moverse.

—Freddy —llamó la muchacha en la oscuridad.

Éste respondió:

—¿Qué quieres?

—¿Crees que ese loco de ahí arriba me soltaría si se lo pidiera amablemente?

Oyó que Alan y Freddy se echaban a reír.

—¿De qué os reís?

—De nada —respondió Alan sin dejar de reír.

—Vamos, decídmelo. Quiero que seamos amigos. Será mejor para todos. Sobre todo para vosotros.

—¿Por qué para nosotros? —preguntó Freddy.

—Porque podría mostrarme mucho más amable y cariñosa.

¿Comprendes lo que quiero decir, Freddy?

—Creo que sí…

—No es lo mismo poseer a una mujer a la fuerza que ésta se entregue voluntariamente. Me habéis poseído a la fuerza y posiblemente lo hayáis pasado bien, pero es mucho mejor del otro modo, os lo aseguro. Además, yo podría enseñaros cómo se hace porque me he dado cuenta de que no tenéis ninguna clase de experiencia. ¿Cuánto tiempo llevas encerrado aquí, Freddy?

—Creo que son diez años. Los mismos que Alan.

Mónica sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo. ¡Dios mío! ¡Era para volverse loca! Sin embargo, la muchacha no hizo ninguna clase de comentario. Ya habría tiempo para ello. Ahora le interesaba mucho más proseguir la conversación que había iniciado. Era muy desagradable, sobre todo para ella, pero sabía que era la única que podía interesarles a los dos muchachos con el fin de ganarse su confianza.

—Así que yo he sido la primera mujer a la que le habéis hecho el amor…

—Sí —respondió Alan—. Cuando nos encerraron en este sótano, éramos demasiado jóvenes y no teníamos ninguna experiencia…

Ella exclamó:

—¡Qué lástima que no haya podido ser de otro modo! Si no estuviera sujeta a estas cadenas… A lo mejor si uno de vosotros se lo pidiera a «Mágicus», éste accedería a soltarme…

Los dos muchachos volvieron a reírse.

—¡Pero bueno! —exclamó Mónica—. ¿Por qué no me contáis de una vez qué es lo que os hace tanta gracia?

Notó que Freddy se acercaba a gatas. Mónica tragó saliva, aterrorizada.

Pero sabía muy bien que no podía hacer nada para defenderse, y, por otro lado, tampoco valía la pena. Cerró los ojos y rezó para que todo fuese lo menos desagradable y doloroso posible.

Sintió la mano del muchacho en la argolla que sujetaba su muñeca derecha y tras un ligero esfuerzo, la abrió por la mitad. E igual hizo a continuación con el resto de las argollas.

—Ese estúpido de ahí arriba se cree muy listo —comentó luego Freddy sentándose al lado de ella.

Mónica se frotó con gran alivio por su parte las articulaciones.

¡Qué maravillosa era aquella sensación de libertad!

—En cuanto oigas que se abre la trampilla —le dijo Freddy— debes colocarte en la misma posición que antes. Con eso será suficiente. «Mágicus» no comprueba jamás si las argollas están cerradas o no.

—Sois muy listos…

—Hemos aprendido a sobrevivir —dijo Alan.

—Ahora demuéstranos cómo se hace el amor de verdad —le pidió Freddy.

Mónica decidió obrar con cautela. No quería irritar a los muchachos pero lo cierto era que en aquel momento no sentía ningún deseo de hacerlo.

—Más tarde, Freddy. Estoy un poco cansada, la verdad.

—¡Ahora! —le exigió el muchacho—. O vuelvo a sujetarte a esas cadenas.

—Está bien —asintió Mónica con resignación tumbándose en el sucio suelo—. ¿Quién quiere ser el primero?

—¡Yo!

—¡Yo!

24

Billy Johnson leyó el breve informe de Sabrina.

—Así que estamos como al principio —gruñó luego.

—Sí, sargento. Parece como si a Mónica se la hubiera tragado la tierra. Nadie sabe nada de ella.

—¡Pues removeremos toda la ciudad hasta que aparezca! —gritó Billy dando un puñetazo sobre la mesa—. ¡Tiene que estar en alguna parte! ¡La encontraremos, Sabrina! ¡Le juro que la encontraremos!

—Eso espero, sargento. Y ahora, me voy a casa. Estoy agotada.

—Ha hecho un buen trabajo. Hasta mañana, Sabrina.

Antes de abandonar el despacho de su jefe, la muchacha se volvió.

—Si me lo permite, mañana continuaré su búsqueda.

—Pero cuando haya terminado con su servicio habitual —le recordó Billy sonriendo.

Ella asintió:

—Por supuesto, jefe.

Media hora más tarde, Sabrina llegaba al apartamento que compartía con Kalus. Encontró a su amigo intentando hacer unos raviolis a la parmesana, pero el pintor confesó:

—He fracasado.

—Ya lo huelo —comentó ella sonriendo.

Se besaron y después Sabrina se quitó la ropa y se metió bajo la ducha. No cenaron raviolis, por descontado, sino una ensalada de estar por casa y un filete con guarnición acompañado de una botella de vino italiano que estaba de oferta en el supermercado de la esquina.

—¿Qué diablos te pasa? —le preguntó Kalus—. No has abierto la boca en toda la cena. ¿Estás preocupada por algo? ¿Se trata de la desaparición de tu amiga?

—Kalus…

—Dime, nena —el pintor se estaba esforzando en encender la pipa—. ¿Qué problema tienes?

—¿No te ha ocurrido alguna vez tener algo que da vueltas y vueltas en tu cabeza y no saber exactamente de qué se trata?

—Más de una vez. ¿Por qué?

—Eso es lo que me está ocurriendo desde que he estado en aquella horrible casa.

—¿Qué casa?

—La de Jack Morgan.

—¿Y quién diablos es Jack Morgan?

Sabrina se lo contó.

—Lo más chocante de esa historia —dijo después Kalus que por fin había conseguido encender la pipa—, es esa tumba en el jardín de la casa. Tommy, Didí y Dodó;… suena a nombre de perro ¿verdad? A lo mejor es que ha enterrado allí a sus perros. Aunque mirándolo bien, la cosa tampoco es para extrañarse demasiado. Hay mucha gente que entierra a sus perros en el jardín. Por ejemplo, yo tuve un amigo que…

—¡No es eso, Kalus! —le interrumpió Sabrina—. ¡Es algo que hizo o dijo!

—Bien, entonces repasemos de nuevo la conversación que mantuviste con él.

—Es una buena idea.

Pero cuando la muchacha terminó de relatarla, Kalus se encogió de hombros.

—Yo no encuentro en la misma nada de particular… Sabrina, creo que este asunto te está haciendo ver fantasmas donde no los hay.

—¡Un momento! —exclamó de pronto ella—. Morgan me dijo exactamente: No irá a creer que la tengo secuestrada aquí…

—Bueno ¿y qué? No veo nada de particular en esas palabras, Sabrina.

—¿Cómo adivinó que andaba buscando a Mónica?

Kalus guardó silencio y finalmente asintió con la cabeza.

—Lo que dices tiene sentido —dijo—. Pero también podría ser un modo de expresarse.

—O no…

—¿Piensas entonces que ese hombre tiene algo que ver con la desaparición de tu amiga?

—Podría tratarse de un sádico.

—Me acabas de decir que es un vejestorio.

—¡Pero si hubieras visto del modo que me miraba! Hay algo en ese tipo que no me gusta, Kalus.

—Bien ¿y qué piensas hacer?

—Voy a volver allí.

—¿Qué? ¿Pero con qué excusa?

—La policía no necesita excesivas excusas para hacer algo.

—Te acompañaré.

—¡Kalus! —Sabrina sonrió—. ¡Sé defenderme sola! ¿O, es que piensas que en la Academia de policía nos enseñan a hacer calceta?

Apagaron la luz del comedor y se dirigieron al dormitorio.

Sabrina no había hecho más que quitarse la bata cuando ya se encontró entre los robustos brazos de su amigo y antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, sin decir nada, él se le echó encima como un león. Un león en celo, claro.

25

¡Oh, Dios!

«Mágicus» estaba temblando como una hoja en un vendaval. Otra vez había vuelto a excitarse y en esta ocasión con más fuerza que en la anterior.

¿Qué estaba ocurriendo allí abajo?

Llevado por la curiosidad, una curiosidad realmente morbosa, había vuelto a pegar la oreja en la trampilla y les había oído gemir de placer a los tres. ¡Sí, a los tres! Era asombroso y totalmente inesperado. Que lo hubieran hecho los dos muchachos era normal, pero ella…

¿O es que estaba fingiendo?

Pero ¿qué necesidad tenía de fingir?

A no ser que aquella maldita golfa se lo estuviera pasando tan ricamente como Freddy y Alan.

¡Increíble!

El gusanillo de los celos comenzó a corroer las entrañas de «Mágicus». ¡Él también tenía todo el derecho del mundo a pasárselo bien, teniendo en cuenta que era el anfitrión!

Sí, había llegado el momento de demostrarse a sí mismo que aún conservaba buena parte de su virilidad.

Se acercó a la mesa donde tenía el *brandy* y llenó un vaso que apuró de un solo trago.

—Lo que no sé es cómo diablos voy a hacerlo —se dijo—. No quisiera tener que hacerle el amor delante de los huéspedes. Ese par de bastardos podrían reírse de mí. Lo ideal sería llevármela al dormitorio… Sí, es lo mejor.

Se sirvió otro vaso de *brandy* mientras disfrutaba con aquella idea. El calor del líquido en sus tripas le hacía sentirse bien. Y en aquellos momentos necesitaba sentirse mejor que nunca. Iba a emprender una aventura que había interrumpido hacía muchos

años…

La aventura de poseer a una mujer.

Pero en el instante en que se dirigía con el látigo hacia la trampilla, oyó el motor de un coche que se acercaba. Rápidamente, se dirigió hacia una de las ventanas.

Y, al mirar, en su rostro apareció una siniestra sonrisa.

Allí llegaba otra vez la hermosa agente de piernas esbeltas.

Ella podía ser la solución a sus problemas, pero con el látigo no iba a conseguir dominarla. La agente llevaba una pistola, mucho más convincente que un látigo.

—¡Una pistola! —murmuró «Mágicus».

Y de repente, recordó que él también tenía una.

La que le había quitado a Mónica.

Abrió el armario donde la había guardado y con ella en la mano se dirigió de nuevo a la ventana.

La agente estaba ante la tumba de sus muñecos.

«Mágicus» la observó detenidamente.

—Tiene las piernas más bonitas que he visto nunca… —se dijo con satisfacción.

Mónica había complacido a los dos muchachos y lo que más la asombraba era que había sido una experiencia tan inesperada como excitante.

Al principio tomó a Freddy y le acarició y le besó mientras él le hacía el amor.

Era un muchacho extremadamente apasionado y por ese motivo terminó muy pronto.

Pero con Alan fue distinto.

Muy distinto.

Aquel pequeño bastardo resultó mucho más resistente y llegó a excitarla de tal modo que estuvo a punto de alcanzar el clímax. De haber ocurrido en otro lugar que no fuera aquel pestilente sótano, estaba segura de que lo habría alcanzado.

Ahora, los dos muchachos dormían como benditos.

Mónica, de pie junto al pequeño respiradero, miraba en dirección de la tenue claridad que llegaba a través del mismo.

¿Podría escapar de allí alguna vez?

De repente, se le ocurrió una maquiavélica idea.

¿Por qué no enfrentar a los dos muchachos? ¿Por qué no

conseguir que se pelearan entre ellos? Eso podría causar un gran alboroto que obligara a «Mágicus» a intervenir, y entonces ella estaría preparada para atacarle.

Era una magnífica solución.

Pero ¿cómo conseguir que los dos muchachos se enfrentasen entre sí?

Mónica sonrió en la oscuridad.

Acababa de encontrar la solución.

26

—¿Otra vez usted?

—Lo siento, señor Morgan, pero ayer se me olvidó hacerle un par de preguntas.

—Entre.

Sabrina obedeció y, al igual que hiciera el día anterior, echó un amplio vistazo a su alrededor. En la Academia de policía les enseñaban a descubrir muchas cosas con una simple ojeada. Y ella acababa de descubrir el látigo.

¿Para qué querría un látigo aquel individuo?

—¿Le gusta?

Sabrina se sobresaltó.

—¿Qué?

—Le he preguntado si le gusta.

—No sé a qué se refiere, señor Morgan.

—A lo que está mirando.

—No está mal.

«Mágicus» había cerrado la puerta y se colocó delante de la agente con la mano derecha en la culata de la pistola que había ocultado en uno de los bolsillos de su viejo pantalón de pana.

—Señor Morgan, ¿quién está enterrado en esa tumba? Me ha parecido leer Tommy, Didí y Dodó. ¿Son sus perros?

—Son mis muñecos.

—¿Sus… muñecos?

—O lo que quedó de ellos —el rostro de «Mágicus» se ensombreció.

—No le comprendo.

—No importa. Es una vieja historia.

—¿Fue usted ventrílocuo?

—Sí. Y también hacía juegos de manos. Fui bueno. Muy bueno. Y ahora, dígame a qué ha venido.

—Una de nuestras agentes ha desaparecido, señor Morgan.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—Es que se trata de la agente que estuvo aquí.

—Sigo sin comprender.

—Señor Morgan, me gustaría echar un vistazo a su casa.

Aquella idiota se estaba comportando del mismo modo que lo había hecho Mónica. Mejor. Eso facilitaba mucho las cosas.

—¿Y si me negara?

—Podría hacerlo, desde luego. Pero volveríamos con una orden judicial.

«Mágicus» sonrió.

Estaba disfrutando tremendamente con aquella situación que le permitía jugar con la muchacha como el gato con el ratón.

Un ratón que ya había caído en la ratonera.

—Muy bien, ¿por dónde quiere empezar?

—Por la tumba.

—¡Eso es sagrado!

—Lo sería si se tratara de seres humanos, señor Morgan. Pero usted mismo ha dicho que lo que hay en esa tumba con sus muñecos.

—¡Pero es que para mí, Tommy, Dodó y Didí son seres humanos, señorita! —gritó «Mágicus».

—Para mí, no. ¿Quiere darme una pala?

—¿Qué espera encontrar? ¿El cuerpo de Mónica?

Sabrina se envaró.

¿De dónde había sacado aquel nombre?

De repente, le vio sonreír de un modo que le hizo comprender que aquel vejestorio repugnante era el culpable de la desaparición de su compañera. Con un rápido movimiento de su mano derecha, intentó apoderarse de su revólver. Pero ya era demasiado tarde. «Mágicus» había sacado el suyo del bolsillo del pantalón y la estaba apuntando con mucha más firmeza de la que hubiera supuesto nunca.

—¿Dónde está? —preguntó la muchacha entre dientes—. ¿Qué ha hecho con ella?

—No se preocupe. Lo sabrá muy pronto. Y ahora, saque su revólver de la funda y déjelo caer al suelo. Pero mucho cuidado. Le advierto que me costaría muy poco disparar.

Sabrina obedeció esperando que aquel canalla cometiera algún fallo que le permitiera a ella dar la vuelta a la situación.

«Mágicus» le dio una patada al revólver y éste salió despedido hacia un mueble.

—No va a conseguir nada con lo que está haciendo, señor Morgan —le dijo Sabrina procurando conservar la calma—. En Comisaría saben que he venido, y si no tienen noticias mías dentro de una hora, vendrán a por mí.

—No les tengo miedo en absoluto, se lo aseguro.

Sabrina vio venir hacia ella la mano que sujetaba el arma. Quiso esquivarla pero sólo consiguió que en vez de recibir el golpe en plena cabeza, lo recibiese en la sien derecha.

Cayó fulminada al suelo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Mónica.

—¿El qué? —preguntó a su vez Freddy que se encontraba al lado de la muchacha.

—Ese ruido.

—¿Y qué nos importa a nosotros? —respondió Freddy acariciando los pechos de ella—. Aquí abajo no importa nada excepto sobrevivir.

—¡Tiene que haber algún modo de escapar de este infierno!

—No hay ninguno a menos que matemos a «Mágicus» y eso es imposible. Siempre baja con su látigo. No podemos acercarnos a él. Mónica, me gustas mucho. Quiero que lo hagamos otra vez.

—Ahora no, Freddy. Estoy cansada.

Las manos del muchacho se posaron como ventosas en los muslos aterciopelados de ella.

—¡Quiero que lo hagamos ahora! —insistió roncamente—. ¡Ahora mismo! ¡Me muero de ganas! Además, tú tampoco lo has pasado tan mal antes.

Mónica creyó llegado el momento de poner en práctica su plan.

—Es cierto, no lo he pasado mal. Pero no ha sido gracias a ti, Freddy.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó el muchacho con un gruñido.

—Que ha sido Alan el que de verdad me ha hecho disfrutar.

Se escuchó una risita de satisfacción en la oscuridad.

—¿Qué te ha parecido eso, Freddy? —preguntó Alan. Soltó otra

risita y añadió—: ¡Aún te queda mucho que aprender con las mujeres!

Freddy se revolvió rabioso, y se arrojó sobre su amigo como un tigre. Durante un buen rato, se estuvieron zurrando de lo lindo.

De repente, Mónica oyó un ruido sordo y un espeluznante quejido.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó alarmada.

Una sombra se alzó ante ella, jadeante.

—Ese puerco ya no volverá a reírse de mí —dijo entre dientes Freddy.

—¿Qué… qué le has hecho? —Mónica observó aterrada aquella sombra que ahora avanzaba lentamente hacia ella como un fantasma.

—He aplastado su cabeza contra la pared —respondió, tranquilo, el muchacho—. Creo que le he matado.

«Mágicus» le había atado las muñecas a la cabecera de su cama y la estaba contemplando.

Era realmente hermosa.

Y sus piernas eran, sin duda, las más bonitas y excitantes que había visto en toda su vida.

Casi con temor levantó la falda de Sabrina hasta la mitad de los muslos. Unos muslos perfectos.

Pero estaba en disposición de ver más.

Mucho más.

Tiró de la falda hacia arriba hasta dejar al descubierto las bragas de color rosa.

Tenía un exuberante pubis.

«Mágicus» comenzó a sentirse mal y tuvo que sentarse en la cama porque el corazón se le había disparado alocadamente.

Después, una vez calmado, pasó una temblorosa mano por los muslos de la muchacha.

¿Y sus pechos? ¿Cómo serían?

Le desabrochó la chaqueta del uniforme y la camisa y apareció un sujetador del mismo color que las bragas. Lo bajó delicadamente hasta que asomaron un par de pechos no excesivamente grandes pero duros como manzanas. ¡Santo cielo! ¡Qué mujer!

De repente, vio que Sabrina movía la cabeza y que, poco después, abría los ojos.

Le miró fijamente, desconcertada.

Pero no tardó en darse cuenta de la situación e intentó incorporarse. Entonces, fue cuando descubrió que estaba sujeta a la cama.

—¡Suélteme!

—Nada de eso, preciosa. Te vas a quedar como estás hasta que yo decida lo contrario. Y da gracias de no encontrarte en la misma situación que tu amiga. Tú, por lo menos, puedes ver la playa.

—¿Y dónde está Mónica?

—En el sótano, con mis huéspedes. Pero no vayas a creer que se lo está pasando tan mal. Se ha tropezado con un par de jovencitos que le están haciendo disfrutar lo suyo.

—¡Es usted un maldito loco!

—Ya me han llamado eso en otras ocasiones, pero no creas que me importa. Es posible que esté loco, sí, pero tú vas a quedarte aquí hasta que a mí me dé la gana. De momento, el loco lleva ventaja.

Sabrina comprendió que tenía todas las de perder y que su única arma era la de ganarse la confianza de aquel sádico, si es que eso era realmente posible.

—Sé lo que quiere de mí —dijo la muchacha procurando mantener una serenidad que no sentía en absoluto—. Y le aseguro que puede conseguirlo en mejores condiciones si es que me suelta.

—Me estaba preguntando cuánto ibas a tardar en pronunciar esas palabras —se rió «Mágicus»—. Pero no soy tan tonto como te figuras. Si te soltase, lo primero que harías sería atacarme. No me fío de ti. Creo que eres una especie de pantera. Seguirás como estás hasta que decida lo que voy a hacer contigo. ¿Sabes? Pueden ocurrir dos cosas. O que acabes abajo con tu amiga o que te mate y te arroje al mar. Todo dependerá de cómo te portes conmigo.

Sabrina sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

«Mágicus» se inclinó hacia ella y cogió entre sus dedos la cremallera de la falda.

—¿Qué va a hacer? —preguntó aterrada la muchacha contorsionando ligeramente el cuerpo. Quería evitar que aquel sádico pudiera conseguir lo que con toda seguridad bullía en su sucia mente. Pero pronto comprendió que aquélla era una actitud absurda y poco práctica. Su vida estaba en juego y mientras siguiera viva, tenía alguna posibilidad de volver a casa. De otro modo…

Se asustó cuando vio que «Mágicus» cogía unas tijeras de encima de la mesita de noche. Pero no las utilizó para destriparla sino para cortar la americana del uniforme y la camisa sin tener que desatarla.

Luego, él observó encandilado aquel hermoso cuerpo que ahora tenía ante él, como un oasis en medio del desierto, mientras su excitación iba en constante aumento.

Pero aún quedaba un pequeño detalle para redondear su obra.

Dejó las tijeras sobre la mesita de noche y despojó a la muchacha de los dos últimos reductos que aún le quedaban: el sujetador y las bragas.

Ahora era el momento de demostrarse a sí mismo que su virilidad seguía intacta.

Sabrina volvió la cabeza con repugnancia cuando «Mágicus» comenzó a bajarse los pantalones.

27

Kalus era un muchacho inteligente y culto y no había creído jamás en los presentimientos. Para él, dos y dos eran siempre cuatro, y punto. Por otro lado, aquélla tampoco era la primera vez que Sabrina se retrasaba. Había sucedido en otras ocasiones.

Pero después de lo que había ocurrido con Mónica, no las tenía todas consigo. Y precisamente aquella tarde, en la soledad de su apartamento, comenzó a creer en los presentimientos.

¿Y si a Sabrina le hubiera ocurrido algo grave?

Consultó su reloj de pulsera.

Las siete y media.

Su amiga nunca se había retrasado tanto y eso le alarmó. «Si a las ocho en punto no ha aparecido, iré a buscarla».

Pero ¿dónde?

Fue entonces cuando Kalus recordó que ella le había dicho que volvería a visitar al tal Jack Morgan.

Se sirvió un *whisky* y, con el vaso en la mano, se puso a pasear por el *living*.

No podría soportar que le ocurriera algo a Sabrina. Adoraba a aquella muchacha, unas veces tan impetuosa como un vendaval y otras tan apacible como un mar en calma.

A las ocho en punto seguía sin tener noticias de la muchacha, lo cual ya empezaba a ser más que alarmante.

Abandonó su apartamento, fue en busca de su coche y enfiló el Corbett Boulevard en dirección a Palmer Beach.

28

—¡Le has matado! —gritó desesperada Mónica—. ¡Le has matado! ¡Dios mío! ¡Eres un animal!

—Él se lo ha buscado. ¡No me gusta que nadie se ría de mí!

Mónica, se sentó en el suelo con la cabeza entre sus brazos. En el fondo, se sentía un poco culpable de lo que había pasado. Había querido enfrentar a los dos muchachos en su propio beneficio y ahora Alan estaba muerto.

Calma, se dijo.

Calma.

Pero ¿cómo se podía conservar la calma en aquella situación?

Era prisionera de un maníaco y compartía un nauseabundo sótano con un muchacho que era capaz de matar a su compañero y quedarse tan tranquilo, y que además únicamente pensaba en hacerle el amor. ¡Aquello era peor que el mismo infierno!

Calma, se repitió a sí misma.

A pesar de todo, había que conservar la calma entre otras cosas porque Freddy era muy capaz de hacer con ella lo que acababa de hacer con Alan.

Después de tantos años de estar encerrado en aquel sótano, el muchacho se había convertido en una especie de animal de reacciones imprevisibles.

La única solución estaba en escapar de aquel infierno.

Pero ¿cómo?

Notó algo viscoso a sus pies y los retiró inmediatamente al suponer que se trataba de la sangre de Alan.

Calma…

Calma…

Pensó también en la posibilidad de que sus compañeros acabasen por encontrarla algún día. De una cosa estaba completamente segura; que ya la estarían buscando.

Calma…

Levantó la cabeza y vio la morbosa y desagradable silueta de Freddy ante ella.

Aquel muchacho le producía pánico.

Pero tenía que dominar ese pánico o estaba perdida.

Y para dominarlo, nada mejor que dominar a su vez al muchacho. Y el único modo de conseguirlo era sometiéndose a él, pero a pequeñas dosis, sin entregarse totalmente…

—Mónica…

—¿Qué quieres?

—Ya lo sabes.

—Eres incansable.

—Me gustas, Mónica.

—Está bien… —respondió la muchacha tumbándose en el suelo pero procurando esquivar el charco de sangre que había causado el cadáver de Alan.

Freddy se arrodilló entre las piernas de Mónica y la acarició febrilmente, rezumando baba, gimiendo como un poseso.

—¡Oh, no puedo hacerlo, Freddy! —exclamó de pronto la muchacha cerrando sus piernas.

—¿Por qué no? —bramó él.

—¿Cómo quieres que me excite con ese cadáver junto a nosotros? ¡Es imposible!

Freddy se puso en pie.

—Está bien… —dijo después—. Esperaremos a que «Mágicus» baje con la comida. Le pediré que se lo lleve de aquí…

—Me parece una buena idea, Freddy.

El muchacho se sentó de mala gana en el suelo.

—En realidad, «Mágicus» ya debería de haber bajado —comentó de pronto malhumorado—. ¿Por qué se retrasa?

Volvió a ponerse en pie.

—¡«Mágicus»! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡«Mágicus»!

Pero «Mágicus» tenía en aquel momento otras cosas en las que pensar.

Había fracasado.

Estrepitosamente.

Su aventura con Sabrina había resultado ridícula.

¡Cómo se estaría riendo de él!

Se sirvió el tercer vaso de *brandy* mientras recordaba su inútil excursión por aquel maravilloso cuerpo de terciopelo. Su virilidad no había sido más que un espejismo, un sueño.

Ni siquiera pudo llegar a acariciarla porque, antes de hacerlo, ya había terminado todo…

Luego, se derrumbó sobre ella como un pelele.

Vencido.

¡Ridículo!

Apuró el *brandy* y se sirvió otro.

Los gritos de Freddy llegaban nítidamente hasta él, pero no le importó.

Tenía que volver a intentarlo.

Sí, eso era lo que tenía que hacer. Volver a intentarlo.

Subió al dormitorio tambaleándose.

El *brandy* le estaba sentando cada vez peor, pero, por otro lado, le ayudaba a mantenerse en pie, e incluso le hacía sentirse mejor de la maldita artritis.

Encontró a Sabrina tal como la había dejado; desnuda como había venido al mundo y con un pañuelo tapándole la boca para evitar que gritase.

Se lo quitó de un tirón y la observó fijamente, casi con odio.

—Supongo que te habrás reído a gusto de mí —le dijo con voz ronca.

—Sabía que ocurriría —respondió ella.

—¿Sí? —gritó «Mágicus»—. ¿Por qué lo sabías? ¿Porque no soy más que un vejestorio?

Sabrina se había dado perfecta cuenta del estado en que se encontraba aquel maníaco. Tendría que ir con cuidado con él y no irritarle.

La muchacha vio entonces con desesperación que «Mágicus» se preparaba para repetir su experiencia de antes. Sintió nauseas imaginando lo que la esperaba.

Se colocó encima de ella, como un sapo.

Pero en esta ocasión, ocurrió todo lo contrario que en la primera. No pudo excitarse por mucho que lo intentó. Era como sí, de repente, todo su cuerpo hubiera quedado paralizado.

Se derrumbó sobre la muchacha, vencido y humillado una vez más, pensando con desesperación que ya no era nadie, que todo

había sido un espejismo, que únicamente era un maldito viejo. Ésa era la única verdad: ¡No era más que un viejo decrépito cuya virilidad había muerto hacia una eternidad!

—¡Quítese de encima! —Oyó que chillaba Sabrina temblando de asco.

«Mágicus» levantó la cabeza y la miró. En sus ojos de alcoholizado, había lágrimas.

—Te doy asco, ¿verdad?

—¡Sí, sí, sí! —respondió ella con un grito—. ¡Es usted el ser más repugnante que he conocido en mi vida!

«Mágicus» se incorporó ligeramente intentando asimilar aquellas despectivas palabras. Observó a Sabrina entre las brumas de sus lágrimas. Era un rostro muy bonito, ligeramente ovalado, de piel suave. Había en él unos labios carnosos, sensuales, unos labios que estaban temblando de rabia y de asco. Y aquellos ojos, oscuros, le miraban con infinito desprecio.

Sin darse cuenta, se encontró de pronto con las tijeras en la mano y le pareció oír que ella gritaba de miedo, y que aquel rostro de labios carnosos y ojos oscuros se contraía de pánico.

Por el pánico y el dolor.

Y, de repente, se vio a sí mismo hundiendo con saña las tijeras una y otra vez en aquel hermoso cuerpo que, poco a poco, se fue volviendo rojo.

En realidad, todo se volvió rojo.

La ropa de la cama, las paredes, sus manos artríticas…

Era una sinfonía en rojo.

Y «Mágicus» oyó sus propias carcajadas retumbando en su cerebro.

Risas y sangre…

La contemplaba sentado en una silla, cerca de la cama teñida de rojo.

Aquélla era su obra.

Una obra casi perfecta.

El cuerpo de Sabrina ya no era de terciopelo, sino un montón de carne enrojecida, llena de agujeros. Uno de sus hermosos senos colgaba como fruta madura y aquellos ojos… miraban hacia arriba, muy abiertos, desmesuradamente abiertos.

Pensó.

Y ahora, ¿qué hacer con ella?

Era demasiado viejo y estaba demasiado cansado para arrastrarla al mar como había hecho una vez con George.

¿Qué hacer con ella?

Quizá una buena solución sería enterrarla en el jardín. Pero no. Allí estaban sus queridos Tommy, Didí y Dodó. Y no tenía cabida nadie más.

De repente, se le ocurrió una buena idea.

El sótano.

¡Eso era lo práctico, lo conveniente!

Se puso en pie y se acercó al cadáver de Sabrina, cortó sus ligaduras con las tijeras teñidas de sangre, la agarró por ambas muñecas y tiró de ella.

Cuando el cuerpo de la muchacha chocó contra el suelo, se produjo un ruido sordo, y su cabeza hizo un extraño giro quedando ligeramente ladeada, como la de una muñeca que hubiera caído a la calle desde un piso alto.

En el momento en que la estaba bajando por las escaleras, sonó el timbre de la puerta.

Pero «Mágicus» hizo caso omiso y siguió con su tarea.

Kalus volvió a apretar el pulsador del timbre pensando en la posibilidad de que el tal Morgan fuese rematadamente sordo, pero en vista de que nadie abría la puerta y teniendo en cuenta que había luz en la casa, se le ocurrió mirar por una de las ventanas.

Ojalá no lo hubiera hecho jamás.

Vio a aquel hombre, que cojeaba ligeramente al andar, arrastrando un cuerpo ensangrentado. Un cuerpo de mujer, un cuerpo que él conocía a la perfección…

¡Sabrina!

Loco de rabia, cegado por la ira, le dio una patada a los cristales de la ventana y penetró por ella sin importarle el dolor que le produjeron en la carne las aristas que había prendidas en el marco.

«Mágicus» soltó el cuerpo de la muchacha y retrocedió, jadeando, con los ojos enrojecidos clavados en el intruso, que por un momento pareció que se había olvidado de él, pues sólo parecía preocuparle el cadáver de la muchacha.

Fue un instante que «Mágicus» supo aprovechar a la perfección.

Se abalanzó sobre el mueble donde estaba el látigo y cuando el

intruso, con los ojos fuera de sus órbitas, levantó la cabeza, él ya estaba preparado para defenderse.

—Hijo de perra… —murmuró el intruso—. ¡Maldito hijo de perra!

«Mágicus» le vio saltar como un tigre, pero le estaba esperando.

Hizo restallar el látigo y alcanzó a Kalus de pleno obligándole a soltar un aullido estremecedor, pero ni siquiera eso le detuvo. Se arrojó bramando contra «Mágicus» y le sujetó el cuello con ambas manos, babeando como un perro rabioso.

«Mágicus» sacó fuerzas de flaqueza. Una vez más, volvía a ser el hombre pleno de recursos en los momentos más difíciles. Clavó el mango del látigo en el estómago del intruso, lo cual obligó a que éste saliera despedido hacia atrás gimiendo de dolor.

Luego, todo fue mucho más fácil.

«Mágicus», enloquecido, le golpeó con el látigo una y otra vez, una y otra vez…

Kalus, cayó al suelo, ensangrentado, convulsionándose.

Y por fin quedó inerte.

«Mágicus» se acercó a él y comprobó que sólo había perdido el conocimiento.

Nunca más volvería a recuperarlo.

Enrolló el látigo alrededor del cuello de aquel maldito intruso y apretó hasta que estuvo seguro de que lo había asfixiado.

Luego, exhausto, jadeante, se dejó caer en una silla y contempló los dos cadáveres.

Agarró la botella de *brandy* y se sirvió un vaso que apuró de un solo trago.

Aquello lo arreglaba todo…

Pasó un buen rato sentado en aquella silla, bebiendo. Finalmente, se puso en pie, cogió a Sabrina por las muñecas y la arrastró hacia la trampilla.

La abrió y dijo con una risita:

—Tenéis visita, muchachos…

29

1980

Hacía ya varios meses que «Mágicus» únicamente se levantaba de la cama para dar de comer a los huéspedes a través de un agujero que había practicado en el techo del sótano, de manera que ya no le era necesario bajar hasta allí, lo cual le evitaba muchas molestias y esfuerzos innecesarios…

Pero claro, desde aquella terrible noche, habían ocurrido muchas cosas.

Como es de suponer, Freddy y Mónica no recibieron de buen grado la presencia de los dos cadáveres, al que había que añadir el de Alan. Por otro lado, cuando Mónica descubrió que se trataba de su compañera, sufrió un atroz ataque de nervios…

Así pues, aquel sótano se convirtió en una especie de tumba, una tumba que llegó a oler de un modo tan nauseabundo que acabó por inundar toda la casa y hacer imposible la convivencia en ella.

Ello obligó a «Mágicus» a tomar una decisión.

En un principio, pensó en liquidar también a Freddy y a Mónica y acabar de una vez con todo.

Pero se enteró de algo que le hizo cambiar de opinión.

Algo que él no esperaba.

Mónica iba a tener un hijo.

«Mágicus» se apresuró entonces a limpiar el sótano en presencia de Freddy y Mónica, encadenados a la pared como en los mejores tiempos, y enterró los cuerpos en un bosquecillo cercano aprovechando una fría y cerrada noche.

Freddy se había convertido en un esqueleto viviente que apenas podía sostenerse en pie. Mónica tenía mejor aspecto, debido quizás

a lo abultado de su vientre, pero ya no era ni con mucho aquella muchacha tan bonita de unos años atrás. Había envejecido y tenía canas, los ojos hundidos y sin vida…

Cuando llegó el momento, «Mágicus» la ayudó en el parto y ésa fue, sin duda, la experiencia más agradable de su triste existencia.

Luego, durante unos meses, la colmó de atenciones. Aumentó su ración de comida y confeccionó algunos juguetes para el niño, el cual se desarrollaba perfectamente y conservaba un aspecto bastante sano teniendo en cuenta las circunstancias que le rodeaban.

«Mágicus» llegó incluso a pensar en la posibilidad de dejar libres a los huéspedes. Al fin y al cabo, ya habían sido castigados con todo rigor.

Pero si lo hacía ¿qué ocurriría después? Lo más lógico era pensar que Freddy y Mónica le denunciasen a la policía. Y no quería ni pensar en la posibilidad de acabar sus miserables días en una celda…

Por lo tanto, decidió que todo tenía que seguir como hasta entonces.

Cierta mañana de primavera en la que «Mágicus» se sentía un poco más animado, decidió dedicar un poco de tiempo en arreglar la tumba de sus queridos muñecos y que últimamente había descuidado bastante debido a su enfermedad…

Pero, de pronto, sintió un espantoso dolor en el pecho que acabó con él en el suelo.

Se levantó a duras penas, asfixiándose, y consiguió llegar a su cama.

Nunca más volvería a levantarse de ella…

30

El vendedor era pequeño y rechoncho. Hablaba por los codos y derrochaba simpatía.

Llegó con su coche cerca de la casita, bajó rápidamente del mismo y abrió la portezuela trasera para que bajasen los posibles compradores, un matrimonio con un par de niños repelentes.

Se encaminaron hacia la casita.

—El lugar me gusta —dijo ella—. ¿A ti qué te parece?

—No está mal —respondió él—. Ahora falta ver la casita.

El vendedor abrió la puerta y les dejo entrar.

—¡Qué mal huele! —exclamó uno de los niños.

—Es que lleva bastante tiempo cerrada —respondió el vendedor con la mejor de sus sonrisas mientras abría las ventanas de par en par.

El matrimonio miró a su alrededor.

—Me gusta —dijo ella.

—A ti te gusta todo —repuso él—. Pero lo cierto es que esto está bastante descuidado. Y los niños tienen razón. Huele que apesta. ¿Quién vivió antes aquí?

—Un hombre llamado Morgan —se apresuró a responder el vendedor—. Era un pobre viejo inofensivo. Murió hace cosa de un par de semanas.

—Nos la quedamos —dijo ella.

—Espera un momento, Marta —replicó él—. Todavía no estoy decidido.

—Está cerca de la playa. Es ideal para los niños. Con un par de manos de pintura y muebles nuevos parecerá un palacio.

—No sé…

—La señora tiene razón —dijo el vendedor—. No encontrarán nada igual en todo Palmer Beach. Me refiero al precio, claro. Es barata y está bien situada.

—Nos la quedamos —insistió ella.

Los niños estaban jugueteando por toda la casa. Sus chillidos eran espantosos y estaban poniendo nervioso al vendedor.

De repente, uno de ellos se detuvo y exclamó:

—¡Aquí hay una tumba!

Todos corrieron hacia la ventana.

—¡Bah! —exclamó el vendedor—. Tommy, Didí y Dodó… Son nombres de perro. El señor Morgan debió de querer mucho a sus perros y los enterró ahí…

—No me gusta —comentó el comprador.

—La quitaremos —se apresuró a replicar el vendedor—. No es problema.

—¿Qué es esto? —Oyeron que preguntaba el otro niño.

Se encontraba junto a la trampilla.

—Debe de haber un sótano —dijo el vendedor.

—¿Y qué hay en él? —preguntó el padre del niño.

—No lo sé, la verdad.

—Pues quiero averiguarlo.

—De acuerdo.

El vendedor agarró el tirador de la trampilla y tiró hacia arriba.

—¡Está muy oscuro! —exclamó el niño.

—¡Y qué mal huele! —observó su hermano.

El vendedor encendió la luz y bajo los escalones.

Su grito de espanto resonó por toda la casa y, luego, casi como en una pesadilla, asomó una huesuda mano llena de mugre…

FIN

Si le atrae lo desconocido
GALAXIA 2000
colmará sus aficiones

Si desea saber cómo puede ser la vida en otros mundos
GALAXIA 2000
le informará

Si su fantasía le lleva a evadirse de este siglo XX
GALAXIA 2000
le transportará al futuro

La imaginación de los grandes AUTORES puesta a su servicio en sus mejores obras,rigurosamente inéditas, que hallará en la Colección
GALAXIA 2000

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.